

BIBLIOTECA FEMENINA
DE
LA NOVELA FILM

EL HIJO DEL MERCADO

100 — por G. SIGNORET, C. BERT, L. DALSAUCE, NIÑO DE BAER
SUZANNE BIANCHETTI, FRANCINE MUSSEY, etc.

100
Pags



UNA
PESETA

BIBLIOTECA FEMENINA

DE

LA NOVELA FILM

•• Calle de Lauria, núm. 96 - BARCELONA ••

EL HIJO DEL MERCADO

Novela cinematográfica por J. H. MAGOG

Publicada en folletón por el importante diario parisien LE JOURNAL

Dirección de escena de RENÉ LE PRINCE

Dirección artística de LOUIS NALPAS

Principales intérpretes:

Gabriel Signoret, Lucien Dalsace, Camille Bert, Niño de Baer, Pierre Labry, Suzanne Bianchetti, Francine Mussey,

etcétera

GRAN EXCLUSIVA DEL

PROGRAMA

VILASECA & LEDESMA, S. A.

J. HORTA, impresor - Gerona, 11 - BARCELONA

EL HIJO DEL MERCADO

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA



Prohibida la
reproducción

Revisado por la
censura militar

I

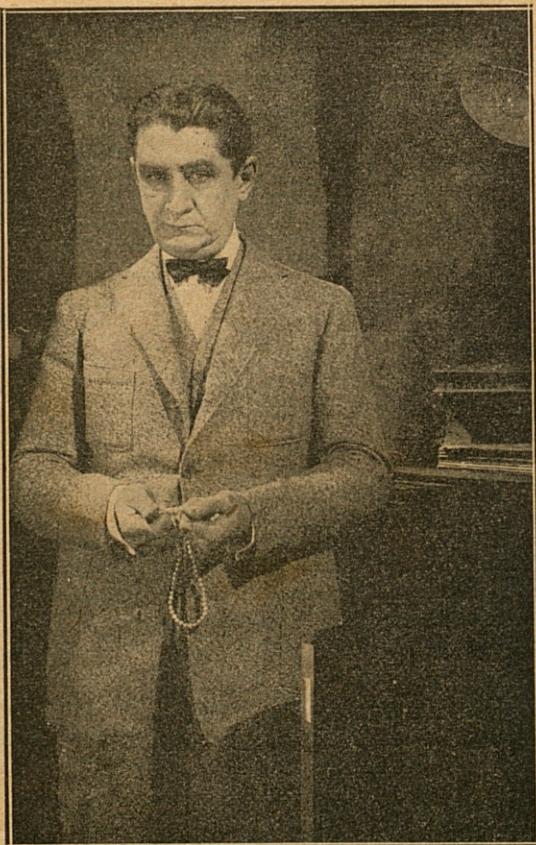
JUANITO, EL TERRIBLE

Después de pasar una larga temporada disfrutando las delicias del clima de la Costa Azul, una rica familia canadiense regresaba en auto a París siguiendo la carretera sinuosa que serpentea entre montañas y abismos.

Samuel Belmont, director del American Bank, ocupaba el auto en compañía de su esposa Magda y sus dos hijos, Roberto, simpático muchacho de diez años y Evelina, niña de pocos meses aun.

Por la misma carretera, aunque utilizando un vehículo mucho más modesto, pues iba caballero en sus piernas, dirigíase también a París un sujeto poco tranquilizador. Nicolás Berger de nombre, más conocido por el alias de «Caradura».

Ratero siempre y bandido cuando le obligaban



GABRIEL SIGNORET, en el doble papel del bandido «Caradura», y del prestamista Romeche.

las circunstancias, el apoderarse de lo ajeno era la norma de su vida.

Trotamundos acostumbrado a andar por los caminos, marchaba despacio, seguro de llegar al término de su viaje. Como sintiera gazuza, se detuvo a tomar un piscolabis, sentándose en una peña y sacando de un zurrón que llevaba a la espalda un poco de pan y algo de fiambre.

Guiñando los ojos por el goce de la refracción y alternando los guiños con gruñidos, «Caradura» paseaba la mirada por la extensión desierta de la carretera, cuando sus ojos se fijaron en el auto que avanzaba a toda velocidad y dando bandazos, como si hubiera perdido la dirección.

En efecto, así era. El conductor acababa de volverse a los que ocupaban el coche, diciéndoles aterrados:

—¡El volante se ha roto y los frenos no funcionan!

Magda Belmont se estrechó contra su marido y abrazó a sus hijos con la garganta llena de gritos. El auto seguía marchando con una carrera vertiginosa, ora acercándose al abismo, ora dirigiéndose a la montaña.

De pronto las ruedas delanteras quedaron suspendidas en el aire, girando en el vacío, y el coche precipitóse por un talud.

Impasible espectador de la desgracia, «Caradura» acercóse al lugar del siniestro. El conductor y el hijo mayor de los Belmont parecían dormir el sueño de la muerte, pero Magda y su marido respiraban aún.

—Vamos... estos viven todavía—dijo el bandido, inclinándose sobre Samuel y apoderándose de su cartera.

Los gemidos de una niña llamaron su atención. Miró a su alrededor y descubrió a la hijita de los



Juanito Romeche, «el hijo del mercado».

NIÑO DE BAER.

Belmont, caída entre unas zarzas sin hacerse daño. Un pensamiento infame cruzó por su cerebro. Tomó a la pequeña en brazos y despojóla del abrigo que llevaba puesto, que arrojó al río para hacer creer en su muerte, al mismo tiempo que decía:

—Si tus papás se salvan y quieren volver a besarte, tendrán que pagarlo bien.

Algunos días después, en pleno corazón de París, Juanito Romeche, a quien muchos, prescindiendo de su nombre y apellido, llaman sencillamente «el hijo del mercado», porque del mercado vive y en él realiza sus infantiles fechorías, daba vueltas en torno de los vendedores pensando en la manera de matar el tiempo.

Con mucho tino y andar cauteloso, el rapaz se llegó hasta la balsa de una vendedora de anguilas, sumergió el brazo en el agua y apresó un magnífico ejemplar. Luego, las manos a la espalda, sin soltar el bicho, se puso frente a la vendedora:

—Tía Ruperta, acaba de escaparse una anguila y la he visto venir hacia aquí.

La mujerona cayó en el engaño y abrió con gran pasmo los ojos buscando el bicho, que Juanito, rápido como una ardilla, le introdujo entre la blusa y la espalda, echando a correr en seguida, mientras la vendedora revolucionaba el mercado con sus gritos.

Aquel día, «Caradura», de regreso con su preciosa carga en París, su campo de acción, entraba en un cafetín del mercado.

—¿Qué va a tomar el señor? —le preguntó una sirvienta.

—Tráigame vino... y cualquier cosa de comer.

En cuanto lo sirvió, la mujer quedóse mirando a la niña, que el granuja había abandonado en el banco en que se sentaba.

—Es mi sobrinita —dijo «Caradura», respondiendo

a las preguntas de la sirvienta.—Su madre se murió la semana pasada y ando buscándole una nodriza.

La mujer conmovióse.

—Démela. Voy a hacerle unas papillas, que la pobrechita parece que tiene hambre.

El vagabundo accedió de buena gana.



—Es mi sobrinita... Su madre se murió la semana pasada...

Entretanto, en el mercado, Juanito, con otros arrapiezos de su edad que venían a ser algo así como su Estado Mayor, seguía sosteniendo a incommensurable altura su pabellón de chico travieso.

Idea suya fué la de atar la tarima de una vendedora a un puesto de huevos, y de esta manera cuando aquélla quiso marcharse, empujando delante de sí su comercio dió al traste con el puesto de al lado, con lo que se armó un zipizape de mil deomnios.

Desgraciadamente, un guardia, que era el terror de los pilletes, adivinó la intervención del muchacho en aquel mal negocio, y quieras que no Juanito vióse conducido a la Comisaría.

¿Qué había sido a todo esto de los señores de Belmont?

«Caradura», a quien más que a nadie le interesaba la suerte que pudo caberles, sonrió al leer esta noticia en un diario de la mañana:

«El estado del rico banquero canadiense señor Samuel Belmont y de su distinguida esposa, ambos gravemente heridos en un accidente automovilista, es bastante satisfactorio, habiéndoseles podido trasladar a su propiedad de Neuilly. En cambio, los esfuerzos de la ciencia no han podido salvar a su hijo Roberto, que murió ayer. En cuanto a su hija Evelina, una encantadora criatura de dieciocho meses, las pesquisas que se han hecho para encontrarla no han dado el menor resultado; pero se descubrió su abriguito que flotaba en las aguas del río próximo al lugar de la tragedia, lo que hace suponer que fué arrastrada por la corriente.»

La noticia era tan favorable a los planes del bandido, que éste no pudo por menos de decirse exteriorizando su satisfacción:

—¡Perfectamente! Los padres vivos... los documentos en lugar seguro... no me falta más que entablar las negociaciones.

No eran negociaciones, precisamente, las que, en aquel momento, se veía obligado a entablar Juanito con el Comisario, ante el cual mantenía un poco inquieto el muchacho después de oír la acusación del guardia que le detuvo.

—¿Es cierto lo que dice?—le preguntó el Comisario.

—Casi... cierto—contestó Juanito.

—¿Quién es tu padre?

—El señor Romeche.

—Me parece conocerle... ¿No es ese comerciante del mercado que se dedica a comprar papeletas del Monte de Piedad?

El rapaz asintió y, dando vueltas a la gorra entre las manos, añadió:

—Yo no tengo la culpa de que mi madre se haya muerto... Y mi padre, por todo alimento, me da tortas... de las que duelen. En el mercado encuentro quien me dé de comer alguna que otra vez... y como me aburro mucho, hago diabluras.

El Comisario, un poco compasivo, ordenó al guardia:

—Lléveselo a su casa y dígale al padre que tendrá que pagar los desperfectos y las costas del juicio.

En el cafetín, «Caradura» continuaba leyendo el periódico. Sus ojos se detuvieron de súbito en el telegrama siguiente:

«Dijon, 23.—En nuestro último número referimos a nuestros lectores el crimen cometido por un bandido conocido por el sobrenombre de «Caradura», quien, después de asesinar al dueño de la casa, se apoderó del dinero que encontró en ella. La policía nos ha comunicado que el asesino logró volver a París, donde seguramente no tardará en ser detenido.»

Alzó la cabeza y miró receloso en torno. En una mesa próxima, el policía Bernard, hábil sabueso de la justicia que venía siguiéndolo desde su regreso a París, vigilaba todos sus movimientos.

El raptor de la hija de los Belmont comprendió la necesidad que tenía de huir. Llamó, pagó su cuenta, pidió que le devolvieran la niña y salió del café, tratando de hacer perder su pista por entre los puestos del mercado.

No lejos de allí, en una casuca miserable, vivía dentro de un cuchitril el tío Romeche, vieja ave de

rapiña, siempre dispuesto a clavar las garras y a hundir el pico en la primera víctima que se le presentara.

En aquella ocasión lo fué una pobre mujer, que no pudo ofrecer a su codicia nada de verdadero valor para él. Acosada por la miseria, aquella desgraciada pedía al prestamista un poco de dinero a cambio de una papeleta del Monte.

—Es el recibo de una alianza de oro... el único recuerdo que me queda de mi marido. ¡Déme algo por él!

El usurero se encogió de hombros.

—Lo siento, pero esto no me interesa. Yo sólo compro papeletas de cosas que lo valgan.

La infeliz salió de aquel tugurio deshecha en sollozos.

—¡Qué ganas de hacerme perder el tiempo!—lamentóse Romeche volviendo a sus libros de cuentas, sobre los que se pasaba los días con la pluma en la mano y los labios estremecidos por ese temblor del que hace números en voz baja.

De nuevo tuvo que levantarse porque llamaban a la puerta. Pero esta vez no se trataba de ninguna víctima, sino de su hijo y de un polizonte.

—¿Qué pasa?—inquirió el usurero, fulminando a Juanito una mirada llena de amenazas.

El guardia contó la última hazaña del pequeño.

—Ahora tendrá usted que pagar los desperfectos a los vendedores y las costas del juicio—concluyó.—Ya puede ir sacando de la hucha unas cuantas docenas de francos.

Cerró la puerta Romeche y volvióse a su hijo, que se había metido debajo de una mesa sabiendo lo que le esperaba. Sin embargo, no pudo librarse de las iras paternas. Aunque viejo, el usurero halló fuerzas para sacar de su escondrijo al rapaz y éste

hubo de sufrir la cólera de su padre, que se descargó sobre su trasero en forma de una lluvia de bastonazos.

—¡Granuja! ¿Te has creído que a mí me regalan los dineros?—aullaba el prestamista.

Un puntapié puso fin a la paliza, y por obra de aquel puntapié Juanito vióse lanzado al interior de un oscuro cuartucho, a cuya puerta le echó la llave el tío Romeche.

En verdad, no era una vida de delicias la que llevaba el muchacho.

Aquel mismo día, Samuel Belmont, totalmente restablecido de las heridas que sufrió en el accidente automovilista, acompañaba al médico que acababa de ver a su esposa, la cual, además de la gran conmoción física, había sido atacada de un grave trastorno moral al enterarse de la pérdida de sus hijos.

Una ligera cojera quedábale a Belmont como consecuencia de la catástrofe.

Apoyándose en un cayado, el rico banquero fué con el doctor hasta la puerta.

—¿Cómo la encuentra usted?—inquirió del médico.

—Las heridas están curadas—contestó el galeno.—Lo único que me preocupa ahora es esa obscuridad que parece reinar en su cerebro.

—Pero es que va a permanecer así siempre, sumida en esa especie de locura que le impide reconocer a nadie?

—¡Sólo un milagro podría devolverle la razón!

Belmont hundió la cabeza en el pecho. Sentíase abrumado por las sucesivas desgracias que se habían desencadenado en contra suya.

¡Sus hijos muertos, y Magda, su mujer, loca!

Ahogó un sollozo y tendióle la mano al médico en silencio.

Se había hecho de noche. Hacía frío.

Por las calles cercanas al mercado avanzaban los carros de los transportadores de mercancías.

Era la hora en que de los pueblos comarcanos llegaban los víveres que debían nutrir el gigantesco estómago del gran mercado de París.

Entre los proveedores contábanse la señora Marta, una excelente mujer, alta y gruesa, con un poco de bozo en el labio superior, que todas las noches abandonaba la paz de su granja para llevar a la ciudad los productos de sus tierras, y su marido, el tío Marcour, un hombretón recio, en cuyo espíritu optimista sólo tenía cabida un ambicioso deseo: tener un hijo... o una docena de hijos.

Este simpático matrimonio saltó del carro en el que hacía su viaje y, antes de descargar su mercancía, tomó el buen acuerdo de reparar sus fuerzas.

—Qué, pequeña—insinuó el hombre,—vamos a darles un poco de trabajo a los dientes?

Desde la ventana de su sombría prisión, Juanito, que no había probado bocado en todo el día, descubrió al matrimonio y ocurriósele la sensata idea de salvárdarlos. Para esto era necesario que abandonase su celda, dificultad vencida al momento mediante un ejercicio arriesgado que consistía en deslizarse hasta la calle por una cañería que pasaba cerca de la ventana.

Juanito no se preocupó de aquel obstáculo confiando en su agilidad, y al poco sus pies tocaban tierra.

Mientras tanto, «Caradura», perseguido de cerca por la policía, buscaba refugio con la niña en brazos entre los puestos de los vendedores.

El hijo de Romeche, no bien se halló fuera de

su prisión, dirigióse al sitio donde se encontraban Marta y su marido.

—Haciendo por la vida, ¿eh?—les dijo a manera de saludo.—¡Qué suerte tienen algunas personas!

—¿De veras?—preguntó el tío Marcour, riéndose.—Anda, siéntate y tú disfrutarás también de esa suerte.

El muchacho era siempre bien acogido por aquel matrimonio, y él se aprovechaba muy a menudo de esta cordialidad para satisfacer las exigencias de su estómago.

—¡Pobre chico!—exclamó Marcour, viendo el ansia con que Juanito devoraba.—Ese Romeche debe alimentarlo con buenos consejos.

—Hay que ponerse en lo justo, Bartolo—replicóle su mujer.—¡Este muchacho es de la piel del diablo!

El aludido hizo una pausa en su tarea, renunciando a hincarle el diente a un succulento pedazo de carne, y protestó con cierta amargura:

—No, señora, yo no soy malo. Lo que pasa es que nadie se ocupa de mí, y como me aburro, para no embrutecerme, hago travesuras... ¡No tengo quien me quiera ni a quien querer!... ¡Si tuviese al menos un hermanito!

El rapaz, satisfecha su hambre, se puso en pie. Disimuladamente Marcour envolvió un poco de asado en un papel y se lo introdujo en el bolsillo.

—¿Es verdad eso que dicen de que a lo mejor se encuentra uno a un chiquillo en un portal o en la esquina de una calle?—preguntó inesperadamente el hijo de Romeche.

Marcour y su mujer se rieron, mirándose en los ojos.

—¡Ya lo creo que es verdad!—aseguró el granjero.—Busca, busca, y acaso encuentres tú alguno.

Juanito despidióse de sus buenos amigos.

—Es simpático ese rapaz—dijo Marcour.—Lástima que su padre sea tan mala persona.

Callóse un segundo y prosiguió:

—Oye, Marta: puesto que nosotros no tenemos hijos, ¿qué te parece si lo adoptásemos?

—¡Te has vuelto loco?... ¡Adoptar a ese diablillo! ¡Nunca! ¡Me haría enfermar del corazón!

Bartolo movió la cabeza a un lado y a otro. Sin duda su mujer estaba en lo cierto.

Caminando a la ventura, Juanito descubrió a dos guardias parados de plantón en una esquina. Esto le extrañó un poco, pero no hizo caso y siguió adelante.

Oyóse de pronto la pitada larga de un silbato. La policía, persiguiendo a «Caradura», tenía órdenes de dar una batida por aquellos alrededores, y al grito de «¡Sálvese el que pueda!» rateros y petardistas, caballeros de industria y mujeres del bronce, ponían pies en polvorosa.

Parado en medio de la escena donde se desarrollaba aquel espectáculo, el hijo de Romeche se divertía de lo lindo.

—¡Buena faena!—comentaba viendo caer en manos de las autoridades a todos los merodeadores del mercado.

Al mismo tiempo «Caradura», comprendiendo que estaba perdido, optó por ocultar la niña abandonándola encima de un montón de verduras, lo que le permitiría moverse con más desembarazo.

Pero la policía le cortó la retirada y, aunque luchó tratando de librarse de sus aprehensores, al fin hubo de rendirse.

Juanito siguió su camino. De un lado para otro iba el rapaz a la husma de algo con que distraerse, porque ganas de volver a su casa no tenía ninguna.

En esto se detuvo. Alguien lloraba cerca de él. ¿Quién podía ser? El llanto era el de un niño.

Giró en redondo y descubrió a la pequeña abando-



... optó por ocultar la niña, abandonándola encima de un montón de verduras...

nada por el bandido, y casi dió un salto de gozo ante la sorpresa.

—¡Caramba! ¡Pues era verdad lo que dijo el tío Marcourl... ¡Este es el hermanito que yo necesitaba!

Mimosamente, con toda su ansia de querer repre-
sada hasta entonces, alzó en brazos a la niña y sen-

tóse con ella en la acera, acariciándola, meciéndola, diciéndole todas las palabras que le sugería su ima-
ginación infantil.

A aquella misma hora, la madre de la niña des-
pertaba en su lecho de enferma del hotel de Neuilly
preso del delirio y tendía los brazos gritando:

—¿Dónde están mis hijos?... ¡Si, allí están!... ¡Los
veo, como si fuera ahora m'smo!

Y el pensamiento de Magda daba vida de nuevo a
la desesperación que le acometió cuando, volviendo
en sí en medio de los campos solitarios donde tuviera
lugar la catástrofe de que ella era una de las víctimas,
había visto a su hijo moribundo, a su marido en-
sangrentado y sin conocimiento, y luego aquel
abrigo flotando en las aguas como indicio seguro
del fin de su hijita.

Ahora, con los ojos abiertos desmesuradamente,
la pobre mujer llamaba a sus hijos, aumentando
con sus gritos el dolor de Samuel Belmont, que
observaba como la locura comenzaba a apoderarse
de Magda.

Sin embargo, su hija no había muerto. En medio
de tantos infortunios, la casualidad acababa de
deparar a la niña un protector que aunque muy
rapaz y un poco golfo, atesoraba en su alma una gran
ternura y un fondo de honradez innata en él a pesar
de ser el hijo de un prestamista.

Un tanto perplejo ante aquella hermanita caída del
cielo, Juanito decidióse a arrostrar la ira paterna y
presentóse en su casa con su hallazgo.

—He encontrado esta niña en el mercado, papá,
y se la traigo para que la cuidemos entre los dos.

Romeche enseñó los puños a su hijo.

—¡Llévate esa pequeña en seguida al comisario
y no me metas en lios!—bramó.

El muchacho no hizo caso.

—Puesto que usted la rechaza—dijo, —yo la criaré y la educaré.

Con un portazo puso el usurero término a las proposiciones de su hijo, y entróse en su tabuco gimiendo:

—¡No se puede sacar partido de ese mocoso!

La pequeña no cesaba de llorar, y Juanito, sentándose a la puerta de su casa, pensó en la manera de apaciguarla.

—Espera: a veces tengo alguna golosina en los bolsillos.

Dejó al crío en el suelo y buscó. Sus manos tropezaron con el obsequio del granjero. Deslió el papel y regocijóse al encontrar un trozo de carne.

—Toma, pequeña—dijo, poniéndole a la niña la carne en los labios.

Juanito no había criado nunca y de aquí su extravagancia al pretender que la chiquitina calmase sus hambres con el asado.

Dándose cuenta de su error guardóse la comida de nuevo, cogió a la niña y púsose a cavilar.

—¿Qué hacer?... El tío Marcour es bueno, pero no entiende una palabra de cómo conviene alimentar a las criaturas.

Levantóse de la acera y encaminó sus pasos hacia un templo próximo, en cuyas gradas tornó a sentarse con la esperanza de que Dios le iluminara.

—¡Ya está!—exclamó, dándose una palmada en la frente.—¡Esto sí que no me falla!

Se puso en pie, radiante de júbilo.

—¿Cómo no se me habrá ocurrido antes?

Amanecía. Los Marcour, terminada la venta de sus productos, regresaban a su casita de Montfermeil.

El carro se detuvo delante de la verja y el granjero

ayudó a bajar a Marta que se entró en la granja con prisas de mujer hacendosa.

Lo mismo iba a hacer Marcour, cuando de debajo del carro, del cajoncito del forraje, salió Juanito con el rorro.

El asombro del granjero fué tal que no pudo hablar, y el muchacho adelantóse a dar toda clase de explicaciones.

—Esta niña la he encontrado en un montón de verduras hace unas horas, a poco de separarme de ustedes la noche pasada, y como me figuro que ustedes la tratarán mejor que mi padre, quiero confiársela.

Bartolo tomó la niña en sus brazos.

—Ustedes no se preocupen por nada, que yo correré con los gastos de la nodriza—añadió el bravo rapaz.

El granjero hizo entrar al pequeño en la casa.

—Bueno, explícame ahora: ¿cómo encontraste a esta criatura?

Juanito refirió su hallazgo con todos los pormenores. Marta, llamada por su marido, participó del placer de acariciar a la niña.

Una preocupación pareció de pronto arrugar la frente serena del hombre.

—No podemos tenerla con nosotros sin exponearnos a un disgusto... Hay que avisar en seguida al comisario...

—¡Lo mismo que mi padre!—afirmó el muchacho con desconsuelo.—Yo no consiento que se me lleven a la pequeña para que la manden al hospicio. ¡Eso nunca!

Entonces la mujer, llena de afanes maternales, dijo:

—Siempre hemos deseado un hijo. ¿Por qué no

aceptar éste, que, sin duda, nos es enviado por el propio Dios?

Las palabras de Marta convencieron a Marcour, y ya no hubo más que hablar. La niña se quedaría con el digno matrimonio; los granjeros se encargaban de adoptarla.

Muy contento, Juanito se paseó de sus amigos.

—Adiós, pequeña. Todos los domingos vendré a hacerte una visita.

Al encontrarse en la puerta, retrocedió.

—Se me había olvidado hacerles una advertencia— dijo.—No le den carne, porque no está acostumbrada aún y podría pillar una indigestión.

II

DOLOR DE MADRE

Todos los días, por consejo del médico, el señor Belmont sacaba a pasear a su esposa por las avenidas menos frecuentadas del bosque de Bolonia, donde Juanito, decidido a trabajar para ganar el sueldo de la nodriza, sostenía la competencia a todos los golfillos que viven de abrir las puertas de los carruajes y de ofrecer cerillas en el preciso instante en que un señor se prende un cigarro entre los labios.

Le iba bien el negocio aquella mañana, y contando las monedas le acometió la tentación de tomar un helado.

—¡Soy rico, pero tengo una sed horrorosa!

Se aproximó a una heladora ambulante y volvió a hacer cuentas.

—¡No, este dinero es sagrado! ¡Es para la nodrizal!

Y renunciando al helado, se acercó a una fuente y calmó gratis su sed.

Entretanto Nicolás Berger, más conocido por su sobrenombre de «Caradura», era sometido en el juzgado a un hábil interrogatorio.

—Los agentes le han visto con un bebé en brazos.

—Es mi hijo—aseguró el bandido.

—¿Y qué ha hecho usted de él?

—Eso no le importa a nadie más que a mí.

El juez intentó un último esfuerzo para arrancarle una declaración.

—Los agentes le vieron también en una estación con una cartera en la mano, de la cual quitó usted algún dinero. ¿Cómo fué a parar a sus manos esa cartera?

—Eso es asunto mío—contestó impertérrito «Caradura».

Hubo que renunciar a hacer nuevas preguntas, y el misterio siguió ocultando la verdad de la desaparición de la hija del banquero.

Para ella era para quien trabajaba ahora Juanito, convertido por obra y gracia de su voluntad en desinteresado protector de la pequeña, aunque los Marcour se bastaban para cuidarla de la manera más conveniente.

Después de haber recogido algunas ganancias, Juanito retiróse por una avenida y tomó asiento al pie de un árbol, disponiéndose a comer cualquier cosa.

—Como los ricos, almuerzo en el bosque—dijo muy serio.

Mordisqueó unos mendrugos y, como el sueño le invadía, recostóse en el árbol, cerrando los ojos.

En aquella dirección venían entonces Samuel Belmont con su esposa, que se apoyaba en el brazo de su marido y en el de su enfermera.

Los ojos de la loca descubrieron al muchacho, que tenía la misma edad que su hijo.

Magda desprendióse de sus acompañantes y corrió hacia el golillo.

—¡Roberto!

Lo estrechó en sus brazos con una alegría inaudita.

—Al fin te encuentro, hijo mío!

Belmont se acercó y trató de separar a su mujer, que se aferró al muchacho diciendo:

—¡Es él... mi hijo querido!

El banquero no se atrevió a contrariarla, e hizo una seña a la enfermera para que dejase a su mujer gozar de su ilusión.

Las caricias y las voces de Magda despertaron a Juanito, que entreabrió los ojos y sonrió. El rapaz, sorprendido, no dijo nada, dejando hacer, gustando de los besos de la loca, que tenían sabor de besos de madre.

Belmont deslizó en el oído del chiquillo:

—No digas nada todavía... Ya veremos cómo se arregla esto.

—Ya comprendo... Está chiflada, ¿verdad? Y no se la puede contrariar, naturalmente. Pues no tenga miedo, señor. Diré todo lo que ella diga... y, si eso le agrada, será su hijo hasta que ustedes quieran.

Samuel asintió. Otra vez Magda acercóse al pequeño y se lo llevó consigo, sentándolo a su lado en un banco de la avenida.

—Pero qué mal vestido vas! ¿Qué te ha sucedido?

La enferma lo miraba con ansiedad, sin soltarlo de la prisión cariñosa y tibia de sus brazos.

Con ella y con el rico banquero, en lujoso automóvil fué llevado Juanito a la posesión de Neuilly.

Dentro del espléndido palacio, el asombro del «hijo del mercado» revelóse, diciendo:

—¡Qué bonito es todo esto!... ¡Qué bien se debe estar aquí!

—¿Es que no reconoces tu casa, hijo mío?—le preguntó la enferma.

Belmont miró con inquietud al muchacho y éste volvió a adueñarse de su papel.



—Pero qué mal vestido vas! ¿Qué te ha sucedido?...

—¡Qué cambiado estás!—exclamó con pena Magda. —¿Cómo se conoce que has debido estar enfermo... muy enfermo!

La fuerte excitación que le produjo a la loca el encuentro, degeneró en un ataque nervioso y en un desvanecimiento.

Una hora después, la pobre señora no había vuelto en sí. El médico, avisado con urgencia, no ocultó sus temores.

—¡Dios mío!—gimió Belmont.—Si después de tantos sufrimientos ella se me muere también, yo creo que no podré sobrevivirla!

Por orden del banquero se condujo a Juanito a la cocina, donde se le sirvió de comer espléndidamente.

Rodeado de los criados, el rapaz satisfacía sus hambres, sin dejar de hablar ni un momento.

—¿De modo que la señora me ha tomado por su hijo? ¡Lástima que no sea verdad!... ¡Con lo que a mí me gustaría vivir siempre en esta casa!

Lentamente, Magda comenzó a recobrar el conocimiento.

Samuel refirió al doctor los incidentes de aquel día.

—¿Qué cree usted que debo hacer ahora?—preguntó.

—Es absolutamente necesario que ese niño no salga de esta casa, porque la emoción que sufriría su esposa al no volverlo a ver podría matarla o convertir en locura furiosa las nieblas que hoy obscurecen su cerebro.

—Tráigame el niño que ha venido con nosotros—ordenó el banquero a un criado.

Juanito se presentó con su semblante claro y alegre, sin poder ocultar su satisfacción por encontrarse en aquella suntuosa morada.

—Vamos a ver—le dijo Belmont,—cuéntanos algo de tu vida... ¿Cómo se llaman tus padres? ¿Dónde viven?

Con voz reposada, el rapaz satisfizo cumplidamente los deseos del banquero.

—Nunca conoci a mi madre, y mi padre vive en la calle del Día, al ado del mercado. Pero si quiere que le diga la verdad, con mi padre no me encuentro muy a gusto. Me deja solo durante días enteros... y

sin comer, que es lo peor. Gracias a que en el mercado algo se pesca, que si no...

Samuel volvióse al doctor.

—Tiene usted razón. Por todos conceptos este niño debe quedarse en mi casa.

Luego, dirigiéndose a su ayuda de cámara, ordenó:

—Vista a este niño con la ropa del señorito Roberto.

Y mirando fijamente al encantado chiquillo, le advirtió:

—Sobre todo, continúa interpretando bien tu papel. Ya sabes que en adelante te llamarás Roberto.

—¿Entonces voy a quedarme aquí?

—¡Es posible!

En aquel instante, oyóse gritar a Magda:

—¡Quiero mi hijo! ¡Que me traigan a mi hijo!

Belmont y el doctor acudieron a su lado para tranquilizarla.

—Lo están vistiendo, querida mía... Ahora te lo traerán.

El banquero llamó aparte al médico:

—Le suplico que no se separe de mi mujer hasta que yo regrese. Voy a entrevistarme con el padre de ese niño, a ver si llegamos a un acuerdo.

Belmont salió de Neuilly dispuesto a obtener del tío Romeche que le cediera a su hijo, el cual, completamente transformado, fué conducido a las habitaciones de Magda, que se extasió acariciándolo.

El doctor estimó oportuno poner término al entusiasmo de la pobre loca.

—Procure usted descansar, señora. Es muy tarde y el niño debe acostarse también.

Magda miró al médico con temor. Al fin dejóse persuadir y consintió que se llevasen a Juanito, cuya frente besó, exclamando:

—¡Dios mío! ¿Por qué no me has devuelto también a mi hijita?

Y la hija de los Belmont, bautizada de nuevo con



... para dirigirse a la alcoba de su hijo y rezar con él las oraciones de la noche.

el nombre de Laura, sentíase completamente feliz en compañía de sus padres adoptivos, el matrimonio Marcour.

En su covacha, el tío Romeche retardaba la hora

de acostarse, con la esperanza de poder medir con un bastón las costillas de su hijo.

Llamaron a la puerta y el usurero la abrió con el bastón en alto.

Samuel Belmont entró. El prestamista apresuróse a esconder el garrote.

—¿Qué desea usted?

—¿El señor Romeche?—preguntó el millonario.— Yo soy Samuel Belmont, director del American Bank y quisiera tener con usted una entrevista particular.

Samuel reconcentró su pensamiento, dedicando un recuerdo a su mujer, la cual, en aquellos momentos, abandonaba su cama para dirigirse a la alcoba de su hijo y rezar con él las oraciones de la noche.

Romeche oyó el relato del banquero con atención, y dijo compungidamente:

—Lo que usted me cuenta es muy emocionante... pero yo quiero mucho a mi hijo a pesar de sus travesuras, y no puedo desprenderme de él.

—Yo estoy decidido a labrar el porvenir del muchacho... sin olvidarme de usted—ofreció Belmont, adivinando las intenciones del usurero.

—No insista. ¡Soy padre y no quiero vender a mi hijo!

Ante aquella inesperada resistencia por parte de aquel hombre envilecido, Belmont se levantó.

—¿Cuándo debo devolverle el niño?

—No se moleste en mandarlo. Mañana por la mañana, iré yo a recogerlo a su casa.

Romeche quedó frotándose las manos al marcharse al banquero.

—¡Me parece que he encontrado un filón!—se dijo.

A la mañana siguiente, la ansiedad y la alegría se albergaban en el hogar del millonario.

El prestamista presentóse temprano.

—Vengo a buscar a mi hijo.

Belmont lo interrumpió:

—Supongo que habrá usted reflexionado. Una vez más insisto para que deje en mi casa a ese niño.

Romeche movió la cabeza negativamente.

—Vamos a jugar con cartas descubiertas—dijo el banquero imperativamente.—¿Cuánto quiere usted a cambio de lo que le pido?

Esto era lo que esperaba el padre de Juanito.

—¡Un millón!—exigió.

—Se trata de un «chantage», ¿no es eso?

—Puesto que se coloca usted en ese terreno, es preferible que terminemos aquí la conversación. Devuélvame mi hijo o le aseguro que iré a denunciarle inmediatamente a la policía.

—Está bien. Voy a devolverle a su hijo.

Romeche se inquietó.

—Me parece que he ido demasiado lejos—murmuró, viendo salir al banquero.

Pero éste no contaba con su mujer, que al oírle que quería llevárselo a Juanito preguntó, estrechando contra su pecho al muchacho:

—¿A dónde quieres llevarlo?

—Al colegio—titubeó Samuel.

—¡No! ¡Yo no quiero que se separe de mí! ¡Es mío... y nadie me lo quitará!

Las voces de la loca llegaron a oídos del usurero. La partida estaba ganada.

Belmont, temiendo que Magda se agravase en su ya delicada salud, renunció a devolver a Juanito a su padre.

—¿Lo ha oído todo, verdad? ¡Y no le inspira piedad esa desgraciada!

—La piedad, señor, es una virtud de ricos. Los

pobres tenemos que empezar por sentir piedad de nosotros mismos.

El banquero no titubeó más.

—Voy a darle el cheque; pero es necesario que firme usted un documento permitiéndome adoptar a su hijo, el cual en lo sucesivo se llamará Roberto. Ese documento debe ser hecho por duplicado y en papel timbrado. Es como un contrato de venta... Lo malo es que yo no tengo en casa papel timbrado.

Romeche sonrió, comprensivo y malicioso.

—Yo tengo: soy hombre prevenido.

—Entonces, haga usted mismo el documento.

Tranquilamente, el prestamista tomó asiento y comenzó a redactar el contrato:

«Por el presente documento queda convenido lo que sigue:

1.^o El señor Ernesto Romeche cede al señor Samuel Belmont su hijo Juan, de 10 años de edad, que en adelante se llamará Roberto Belmont...»

—Bien, firme usted—ordenó el banquero.

El usurero volvió a sonreír y continuó escribiendo:

«2.^o El señor Samuel Belmont se compromete a dar a Juan Romeche, o sea Roberto Belmont, una alimentación de primer orden y a tratarlo con dulzura y bondad...»

El millonario tuvo que dominarse para no abofetear a aquel hombre que, después de arrebatarle un millón, aun se atrevía a burlarse de él. Pero el usurero no se inmutó y prosiguió:

«3.^o El señor Ernesto Romeche se reserva el derecho de reclamar a su hijo, en el caso de que las mencionadas condiciones no sean observadas rigurosamente.»

Firmado el documento, el banquero entregó a Romeche un cheque contra el Crédit Lyonnais.

Guardóselo el prestamista con naturalidad y dijo:

—Se me olvidaba... Me queda algo por decir. Yo pensaba darle carrera a mi hijo. Quiero que sea ingeniero.

Fortuna para Romeche que Belmont se encontrase en aquellos instantes preocupado por la salud de su mujer, sino no hubiera salido de Neuilly con los miembros completos.

Samuel corrió a las habitaciones de Magda.

—No temas ya. Nuestro hijo se quedará siempre con nosotros.

Aquella noticia inundó de gozo a la enferma y al muchacho.

Algunos días después, el millonario, deseando evitar las probables visitas del tío Romeche, decidía salir de Francia con su familia.

Y en el hogar de los Marcour, en el que reinaba de continuo la alegría que proporcionan el trabajo, la falta de ambiciones y la conciencia tranquila, se recibió la siguiente carta:

«Mis buenos amigos: He encontrado un nuevo papá y una nueva mamá, que me quieren mucho. Son gente muy rica y han hecho de mí el nene de la casa. Voy la mar de elegante, y ahora vamos a emprender un largo viaje. Yo hubiera querido ir a verles a ustedes y a la pequeña, pero me dicen en mi nueva casa que perderíamos el tren. Sin embargo, no crean que los olvido. La prueba está en que le he contado a mi nuevo padre toda la historia de la niña y él me ha dado para ustedes un papel, que les envío. No sé por qué me parece que es dinero.

Reciban muchos besos y dénselos de mi parte a la niña.

JUANITO (Ahora me llaman ROBERTO).»

El tío Marcour se restregó los ojos; temía no haber leído bien. El papel de que le hablaba el hijo de Romeche era un cheque por diez mil francos. Llamó a voces a su mujer, que acudió con la niña. El ya no podía contener su emoción. Llevóse las manos al cuello, como si se ahogara, y gritó:

—¡Agua!... ¡Agua!

Y el buen matrimonio se unió en un abrazo.

Mientras tanto, el vapor que conducía a la familia de Samuel Belmont levaba anclas y alejábase de las costas francesas.

III

EL MILLÓN DEL TÍO ROMECHE

Transcurrieron años y más años. Nadie se acordaba en París de la familia de Belmont, cuando un día Jack Mortimer, detective internacional —en realidad Nicolás Berger, alias «Caradura», quien después de extinguida su condena en el presidio de Tolón había cambiado de nombre para ocultar mejor sus fechorías,—leyendo un periódico, fué sorprendido por esta noticia:

«*Ecos mundanos.*

Ha llegado a París el señor Roberto Belmont, hijo del riquísimo banquero canadiense señor Samuel Belmont, fallecido en Quebec el año pasado. El señor Roberto Belmont, que no había vuelto a estar en Francia desde su niñez, ha fijado su residencia en su hotel de Neuilly, en el bulevar Bineau.»



La princesa Mila Serena.

SUZANNE BIANCHETTI.

Mortimer llamó a uno de sus agentes.

—¿Qué hay de esto?

—Las pesquisas han sido ya hechas. Tiene veinticinco años, es soltero y sin ninguna experiencia de la vida de París. En suma, una presa fácil...

—Muy interesante—observó el falso detective.—Estudiaré el asunto.

A aquella misma hora, la princesa Mila Serena, viuda de un aristócrata romano, regalaba a sus amigos con una hora de música clásica.

Esta Princesa ocultaba bajo su actual aspecto de gran dama un pasado tenebroso. Se la conoció en otros tiempos por el sobrenombrado de «Casco de Oro» y había mantenido relaciones más o menos íntimas con casi todos los caballeros del hampa.

Ella era la que cantaba ahora con su bien timbrada voz entre los aplausos de sus invitados, y quien la acompañaba al piano era la señorita Laura Marcour, hija adoptiva del matrimonio Marcour, los honrados vendedores del mercado.

Laura Marcour, primer premio del Conservatorio, había sido contratada por la Princesa para que tocara en sus reuniones y le diera lecciones de música una hora todos los días.

No faltaba en los salones de Mila Serena, Jacinto Vignart, el obligado hazmerreir en todas las reuniones de buen tono.

En cuanto Laura Marcour se levantó del piano, Vignart acercósele con el monóculo encajado en el ojo izquierdo.

—Ha acompañado usted divinamente a la Princesa, señorita... ¡Qué soltura! ¡Qué sentimiento! ¡Qué expresión! Estoy convencido de que tiene usted muchísimo talento.

Laura reíase oyendo los elogios de aquel joven un

poco cursi, apenas impertinente y víctima del desdén de las mujeres y de las burlas de los hombres.

La fiesta se interrumpió de una manera inesperada. A la Princesa acababan de robarle el collar.

—¡Que no salga nadie!—pidió un anciano de caudalosas barbas blancas.



... y quien la acompañaba al piano era la señorita Laura Marcour...

Entretanto, Mortimer hojeaba en su despacho periódicos de quince años atrás. Cuando encontró el que buscaba, subrayó la noticia que en otros tiempos leyó en el cafetín del mercado y por la que supo que el hijo de los Belmont había muerto.

—Si ha muerto—se dijo—¿cómo es posible que al cabo de quince años aparezca vivo?

El timbre del teléfono sonó con insistencia. El detective cogió el auricular.

—¿El señor Mortimer?... No tengo el honor de conocerle, pero he oído hablar mucho de sus triunfos... Acaban de robarme el collar y quisiera que usted se encargase de este asunto.

—Dentro de una hora tendré el honor de pasar por su casa, señora.

Poco después entraba en su despacho el anciano que en los salones de la Princesa pidiera que no saliera nadie mientras no apareciese el collar.

—Jefe, hoy estamos de suerte. Le traigo algo realmente valioso—dijo, despojándose de su disfraz y recobrando su verdadera figura de hombre joven.

—¿No será el collar de la princesa Mila Serena? —¡Cómo! ¿Lo sabe usted ya?

Mortimer no dijo cómo se había enterado. Tomó el collar de manos de su auxiliar y encaminóse a los sótanos de su misteriosa vivienda, donde guardaba su fortuna.

En aquellos sótanos, al lado de la caja de caudales, siempre tentado por el brillo del oro que se encerraba en aquel cofre, había un contable: era el tío Romeche.

El millón de francos que recibiera de manos de Samuel Belmont había desaparecido, arrastrado por las alzas y bajas de la Bolsa y por la raqueta de los «croupiers».

Arruinado y envejecido, concluyó por aceptar un puesto humilde al lado de Mortimer, que lo trataba como a esclavo.

Aquel día, como otros muchos, el detective nególe al viejo un permiso para salir.

En cuanto se encontró solo, Romeche se acercó a la caja de caudales.

—¡Si encontrase el secreto!—exclamó.

Mortimer volvió a su despacho, del que salió

minutos más tarde para dirigirse a la residencia de Mila Serena, que, muy impresionada por la pérdida del collar, esperaba al detective.

La sorpresa los inmovilizó un instante al encontrarse frente a frente.

—¡Caramba! «¡Casco de Oro!»—dijo Mortimer, apenas repuesto de su asombro.—En verdad, no esperaba encontrarte aquí.

—«¡Caradura!»—exclamó sordamente la Princesa sin disimular el disgusto que le producía la visita de su antiguo compañero de aventuras sangrientas.

—Ya que la casualidad nos ha reunido, hijita, bueno será que hablemos con franqueza... Por supuesto, tú no tendrás la intención de denunciarme; yo, por mi parte, no espero descubrir tu antiguo nombre de guerra.

Mila Serena manteniese en una actitud franca-mente reservada, inquieta y turbadísima.

—¡Bah! No te pongas en plan de... princesa—añadió Mortimer.—Recuerda que hemos *trabajado* juntos. ¿Por qué no renovar nuestra antigua amistad? Escúchame tranquilamente y verás como no tendrás motivos para quejarte.

—¿Qué pretendes?

En los labios del detective apareció el nombre de Roberto Belmont, en el que nadie reconocería ahora al travieso «hijo del mercado».

Acababa de instalarse en su posesión de Neuilly, como heredero que era de la inmensa fortuna de sus antepasados, y como no diera al olvido los lejanos y amargos días de su infancia, su primera visita fué para la casa de su padre.

El señor Romeche no vivía en su antiguo tabuco desde hacía quince años, y nadie tampoco supo darle razón de él.

Roberto encaminóse al mercado para saber algo de Marcour.

—Hace un momento que estuvo aquí—le explicó



—... No te pongas en plan de... princesa.
Recuerda que hemos *trabajado* juntos...

un vendedor.—Seguramente se ha vuelto a su casa de Montfermeil con su mujer.

Montó en su auto y se dirigió a la granja.

Mientras tanto, Mortimer concluía de ponerse de acuerdo con Mila Serena.

—Quedamos entendidos, ¿no? Cuento contigo para

saber si ese Roberto Belmont es en efecto el descendiente legítimo de los famosos millonarios. Para ti, tan linda, tan seductora, será un trabajo facilísimo.

—¿Y mi collar?

—Es verdad. Lo había olvidado... pero lo encontraré.

Roberto llegó a Monfermeil.

El tío Marcour tuvo un gesto de extrañeza al verlo.

—¿No me reconoce usted?

Marcour se mantuvo en un silencio inalterable.

—Soy Juanito, «el hijo del mercado».

Los ojos del granjero se abrieron con estupor.

—Muchacho—dijo abrazándolo —y yo que creía que nos habías olvidado.

La sorpresa se renovó con Marta poco después.

—¿Y mi hermanita?—perguntó al fin Roberto.

El matrimonio se echó a reir, aumentando la confusión del joven.

—Me refiero a aquella niña que recogí en el mercado...

—Me parece que no la vas a conocer—comentó Marcour, sin cesar en sus risotadas.—Mírala... ahí la tienes...

Roberto se levantó viendo entrar a una linda muchacha que llegaba del jardín con un brazado de flores y que se detuvo perpleja ante aquel desconocido.

—Es Juanito, tu salvador, Laura—explicó su padre adoptivo.—Bueno, Juanito es su nombre de otros tiempos, porque ahora se llama el señor Roberto Belmont.

Los dos jóvenes seguían mirándose, entre confusos y sonrientes.

—¿Qué hacéis ahí como dos tontos? Tenéis permiso para besaros y abrazaros.



...una linda muchacha que llegaba del jardín con un brazado de flores...

Laura Marcour.

FRANCINE MUSSEY.

Sencillamente, Laura ofreció su frente a Roberto.

—¡Qué bonita es!—exclamó él.—¡Cualquiera diría que es el mismo bebé que yo recogí en el mercado!

—Y no te creas—repuso Marcour,—es toda una señora artista. ¡Primer premio de piano en el Conservatorio!... Ya ves que no hemos descuidado tu encargo y que hemos hecho algo por tu ahijada...

Laura, toda ruborosa, lo interrumpió para decirle a Roberto:

—Es a usted a quien debo agradecerle el haberme dado por padres a personas tan excelentes.

Marcour puso término a las expresiones de agrado-cimiento con su habitual franqueza.

—Basta de charla. Tú te quedarás a comer aquí, ¿eh, muchacho?... Supongo que no desdeñarás la invitación de unos pobres como nosotros...

Había una tal cordialidad en el deseo del granjero, y los ojos de Laura expresaban con tan sincero entusiasmo que también participaban de aquel mismo deseo, que Roberto aceptó, y poco después, sentado a la mesa familiar, refería los sucesos de su vida desde el día en que, con los señores de Belmont, salió de París.

En los sótanos de la casa misteriosa de Jack Mortimer, el tío Romeche arrastraba una existencia miserable.

Con la cabeza entre las manos, echado sobre su mesa de trabajo, el viejo lamentábase:

—¡Y pensar que tuve un millón en mis manos!... ¡Un millón!... Y todo ha volado... todo lo he tirado... hasta el último céntimo!

Roído por la pena, el viejo evocó las orgías de aquellos años en que anduvo de «cabaret» en «cabaret», rodando por las salas de juego y sembrando su dinero sobre las mesas de la ruleta y entre mujeres alegres.

Reducido a la miseria concluyera por convertirse en un mendigo, hasta que una noche cayó entre las garras del falso detective, el cual, encontrándoselo a la puerta de su casa, le ofreció un pequeño sueldo a cambio de su trabajo.

Romeche levantóse de su mesa y tendió las manos para alejar la sombra de su hijo, que le perseguía incesantemente.

—¡Si al menos pudiera librarme de los remordimientos!—gimió.

Y he aquí que su hijo concluía entonces de referir los sucesos de su vida a los Marcour, mientras sus ojos permanecían fijos en el semblante luminoso de Laura.

—Al morir mis padres adoptivos dejándome heredero de su fortuna, decidí volver a París...

—¿De modo que la señora de Belmont creyó siempre que tú eras su hijo?—preguntó Marcour.

—Nunca lo dudó.

—Usted quiso mucho a esos señores de Belmont, verdad?—intervino Laura.—¡Cuánto me hubiera gustado conocerlos!

—¡Y mi padre! ¿Saben ustedes algo de él?—inquirió de pronto Roberto.

—¿El tío Romeche?—replicó el granjero.—Sólo sé que los señores de Belmont le regalaron un millón de francos y que se daba la gran vida... Después no he vuelto a oír hablar de él.

El joven quedóse pensativo y un poco triste. Marcour lo notó y rogó a la muchacha:

—Siéntate al piano y amenízanos el almuerzo.

Los dedos largos y finos de Laura corrieron por el teclado despertando las dormidas armonías, y Roberto, de pie cerca de su encantadora ahijada, olvidó sus inquietudes.

Al día siguiente, en el hotel de Neuilly, presentóse



... y Roberto, de pie cerca de su encantadora ahijada, olvidó sus inquietudes.

Mila Serena comenzando a poner en ejecución los planes del detective.

Roberto salió a recibir a la Princesa.

— ¿A qué debo el placer de su visita?

— Usted excusará mi indiscreción —dijo ella, haciendo alarde de todas sus gracias.— Estoy organizando un baile de caridad en mi casa, y vengo a rogarle a usted que forme parte de nuestro Comité...

— Con mucho gusto. Desde este momento estoy a su disposición.

En la tarde de aquel día, Mila Serena refirió a Mortimer el resultado de sus primeros pasos.

— He visto a ese joven y no tardará en venir aquí, pues le he invitado a tomar el te conmigo.



— Usted excusará mi indiscreción... Estoy organizando un baile de caridad...

— Es absolutamente necesario que sepamos pronto quién es ese hombre —observó el detective.

Un criado entró, trayendo en una bandeja la tarjeta de Roberto.

Mortimer ocultóse detrás de unos cortinones para oír la conversación de su amiga y del joven millonario.

Cambiadas las primeras palabras de cortesía, Mila Serena, siguiendo las instrucciones de su cómplice, preguntó:

—¿No fué su familia víctima de un grave accidente automovilista?... Recuerdo que se habló mucho de eso en aquella época, y yo creía que los dos hijos del rico banquero canadiense habían muerto en la catástrofe.

—No se equivoca usted—repuso ingenuamente Roberto.—Yo solamente soy un hijo adoptivo de los Belmont.

—La señorita Laura Marcour—anunció un criado. Roberto se levantó y adelantóse a saludar a su amiguita, cuyo rostro empalideció ligeramente al encontrar allí a su salvador.

—¿De modo que se conocen ustedes?—preguntó la Princesa.

—Desde hace diez y siete años—contestó Roberto.—¡Oh, somos viejos amigos!

No creyendo oportuno prolongar su visita, el joven se retiró. Mila Serena no deseaba otra cosa para poder hablar a solas con Laura, a la que interrogó con mal disimulada impaciencia:

—¿Cómo y dónde conoció usted al señor Belmont?

La señorita Marcour advirtió no sabría decir qué de intencionado en la pregunta, y contestó:

—Hace tanto tiempo, que ya no lo recuerdo, señora.

—Conoce usted al verdadero padre del señor Belmont?

Laura prefirió no contestar.

—Por lo que veo, le parezco indiscreta, ¿no es eso?

El silencio de la muchacha confirmó la pregunta de Mila Serena, la cual, francamente despechada, cesó en su indagatoria obediendo a una seña que le

hizo Mortimer. Sin duda, éste temía despertar las sospechas de la joven.

Pero deseando a toda costa conocer la verdadera identidad de Roberto, el detective citó a su despacho al tío Marcour con el pretexto de notificarle algo que le interesaba.

El granjero acudió a la cita.

—Le he molestado para obtener de usted algunos datos—empezó por decirle Mortimer.—¿Conoce usted al señor Belmont? Yo quisiera saber el nombre de su verdadero padre.

—¿Para qué?—preguntó impetuosamente Marcour, dejando caer su puño en la mesa del despacho del detective.

—Porque estoy encargado de una investigación que le concierne.

—A mí hábleme claro. ¿A qué se refiere esa investigación?

Mortimer no quiso ser más explícito y el granjero se dirigió a la puerta, que el detective abrió haciendo funcionar un resorte.

Aun intentó vencer su silencio ofreciéndole unos billetes, pero esto acabó de aumentar la desconfianza de Marcour, que rechazó el dinero diciendo:

—Me huelo en todo esto algún negocio sucio y no quiero ser su cómplice.

Mientras tanto el tío Romeche, que había logrado descubrir el secreto de la caja de caudales de su jefe, después de apoderarse del collar de Mila Serena, substituyéndolo por otro falso, no perdía el tiempo y vendía las perlas a un prestamista judío.

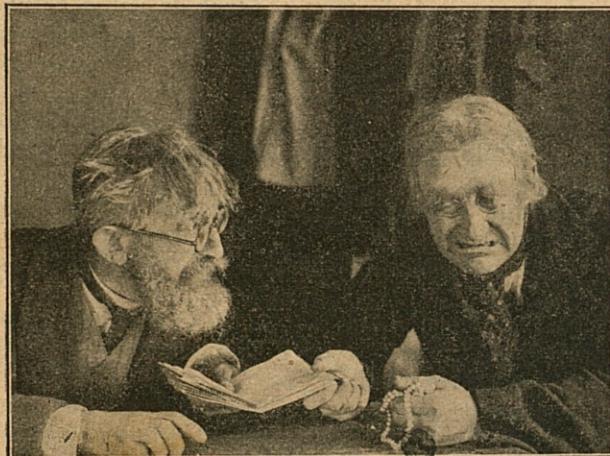
Luego, dominado por su antiguo vicio y deseando arriesgar a las carreras de caballos el fruto de su robo, visitó el café en el que se reunían los «jockeys» con la esperanza de obtener alguna buena noticia.

Sentóse para ello en una mesa cercana a otra que

ocupaban unos cuantos «jockeys» y prestó oído a la siguiente conversación:

—¿No sabéis la novedad?—dijo uno.—El conde de Sezanne está completamente arruinado y vende sus caballerizas.

—¿En subasta?—preguntó otro.



... y vendía las perlas a un prestamista judío.

—No, a un joven muy rico que acaba de llegar del Canadá... un tal Roberto Belmont.

El tío Romeche se hizo todo oídos.

—Pues voy a ofrecerle mis servicios, porque estos americanos pagan bien. ¿Dónde vive?

—En el bulevar Bineau, 56, en Neuilly.

—¡Es él!... ¡Es mi hijo!—masculló el viejo.

Y levantóse sin oír más, saliendo del café y encaminándose a Neuilly.

Aquella noche, Mila Serena daba su fiesta de caridad, a la que asistían Roberto y Laura, ésta deliciosamente bonita con un traje que, para asistir a los salones de la Princesa, habíale regalado Belmont.

—Te agradezco mucho tu obsequio—le dijo ella al verlo.

Se dirigieron a la terraza, donde, bajo el dosel de las estrellas, una pareja de baile distraía a los invitados.

La noche era espléndida, y en aquel magnífico escenario dos bailarines atraían a los curiosos con sus danzas.

Mortimer previno a Mila Serena:

—Ya está aquí Belmont. Es necesario que esta misma noche sepamos la verdad acerca de su origen.

En un aparte, Roberto preguntó a Laura:

—¿Por qué no has querido que le cuente nuestra historia a la Princesa?

—Por mis padres. A ellos les disgustaría que se supiera que yo no soy más que una niña abandonada.

Roberto pensó que él, hasta cierto punto, podía considerarse, como su amiguita, un hijo abandonado también.

—¿Qué había sido de su padre?

El tío Romeche encaminábase entonces a Neuilly, donde el ayuda de cámara de Roberto, sintiéndose inclinado a seguir la vieja máxima de que la vida hay que pasarl a tragos, saboreaba los mejores licores de su señor cómodamente instalado en una butaca y chupando un excelente cigarro.

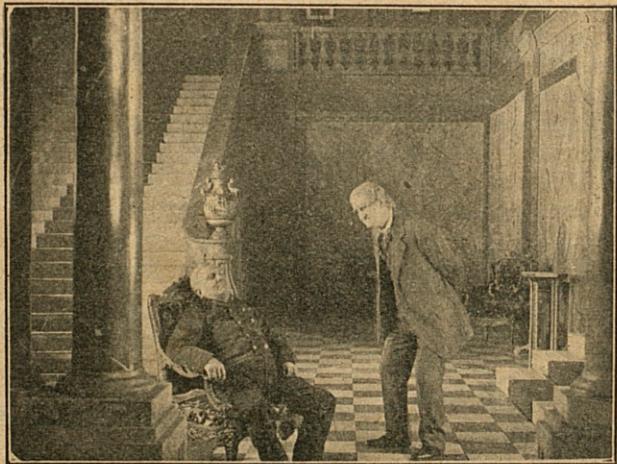
De su sopor vino a sacarle esta pregunta del tío Romeche:

—¿El señor Belmont?

—No está, y no volverá hasta muy tarde.

—¿Y no se le podría avisar por teléfono?... Tengo que hablarle sin pérdida de tiempo.

El criado pareció vacilar. Romeche lo decidió regalándole un billete de los que le habían dado por las perlas robadas.



—¿El señor Belmont?

Poco después, Mila Serena detenía a uno de sus servidores.

—¿A quién busca, Francisco?

—Al señor Belmont. Lo llaman por teléfono para un asunto importante.

—Está bien. Yo misma lo avisaré.

La Princesa se reunió con Mortimer y juntos se dirigieron al teléfono.

—¿Quién pregunta por el señor Belmont?

—¡Su padre!

Mila Serena y Mortimer, que tenía uno de los auriculares y había oído por tanto la voz lejana que hablaba desde Neuilly, se miraron un instante con cierto recelo.

—Espere un segundo que le pase el aparato al señor Belmont.

La Princesa pasó el teléfono a Mortimer, y la voz de Romeche sonó temblorosa:

—Eres tú, hijo mío?... Yo soy tu padre, el tío Romeche... ¡Me gustaría tanto volverte a ver y hablar un poco contigo!

La sorpresa que recibió el detective no le impidió contestar con absoluto dominio de sí mismo:

—En este momento me es imposible salir de aquí... Le enviaré mi coche para que pueda venir a la residencia de la princesa Mila Serena, donde me encuentro.

—¡Oh, gracias, hijo!...

Mortimer dejó el aparato y se volvió a su cómplice:

—A tu cargo dejo a Roberto. Que no salga de aquí hasta que yo vuelva.

En seguida tomó un «auto» y dirigióse a Neuilly, donde ya le esperaba Romeche.

—¿Viene usted de parte del señor Belmont, verdad?—preguntó el viejo al conductor.

Abierta la puerta del coche, el padre de Roberto subió al auto... y ahogó un grito de terror viendo a Mortimer que le encañonaba su revólver y le decía:

—¡Has caído en la trampa, viejo amigo!... ¡Ahora, tú y yo nos veremos las caras!

IV

UNA LLAMADA MISTERIOSA

Jack Mortimer regresó a su hotel acompañado de su prisionero, al que no pensaba soltar, mientras en los salones de Mila Serena la fiesta alcanzaba su apogeo.

Roberto no se separaba de Laura, y la Princesa, celosa de esta preferencia, le dijo:

—Por lo que veo, soy yo la que tengo que invitarle a bailar.

Laura quedóse triste viendo a su amigo conducir del brazo a aquella mujer, a la que, instintivamente, consideraba como una rival peligrosa.

Deslizándose por entre las parejas de baile, el pintoresco Vignart iba de unos grupos a otros haciendo esta pregunta:

—¿Saben ustedes dónde nació la Princesa?

Nadie le contestaba, porque todos ignoraban la respuesta, y Vignart, con su aire de palomino, seguía en su absurda peregrinación deteniendo a los invitados para preguntarles a todos lo mismo.

Al mismo tiempo, Mortimer, siempre apuntando con su revólver al aterrado Romeche, iniciaba su



— ..Vamos, despacha... y si mientes ¡pobre de tí!

plan de ataque proponiéndole al viejo unas cuantas cuestiones.

—Ahora que estamos solos, es el momento de explicarse. ¿Por qué te marchaste de mi casa tan bruscamente? ¿Quizá porque encontraste a tu hijo, del que no tenías noticia alguna desde hace mucho tiempo?

—¿Cómo sabe usted eso?—preguntó Romeche.— ¿Qué es lo que quiere usted de mí?

—Que me digas toda la verdad. Vamos, despacha... y si mientes ¡pobre de ti!

Bajo la amenaza del revólver, y tranquilo, por otra parte, viendo que su jefe ignoraba aún el robo del collar, el viejo relató los episodios que dieron lugar a que su hijo fuera adoptado por los Belmont.

—¿De modo que ahora puedes considerarte rico? —dijo Mortimer.

Levantóse y comenzó a pasear a lo largo del despacho.

—¿Es que tiene usted la intención de guardarme prisionero toda la vida? —preguntó Romeche. —¿Teme usted que le denuncie?

—No —replicó fríamente el detective, —porque sé que si me denuncias, tú te perderías y yo encontraría el medio de escapar.

Luego, como si cambiara de idea, añadió:

—¡Bah! En el fondo eres un pobre diablo y no quiero arrebatarle a los puros goces de la familia... Puedes ir a abrazar a tu hijo.

Romeche creyó despertar de una pesadilla. Con paso inseguro dirigióse a la puerta. La voz de Mortimer le detuvo a mitad del camino.

—No... no salgas por ahí.

El detective oprimió uno de los numerosos botones que ocupaban la pared a su espalda, y corrióse una puerta, dejando abierto un largo pasadizo, en el que entró el anciano sin desconfianza.

Cuando ya llegaba al extremo del corredor, Romeche advirtió que no tenía salida. Volvióse rápidamente y la puerta se cerró delante de sus ojos. Había caído en una trampa y se hallaba prisionero.

Proseguía la fiesta en el palacio de la Princesa. Vignart, como si no la reconociera, le hizo su al parecer ociosa pregunta:

—Señorita, ¿sabe usted dónde nació la Princesa?

Mila Serena giró sobre sí misma. Vignart comenzó a excusarse:

—Perdón, Princesa, mil veces perdón...

—Nací en Cantacesco, señor Vignart —contestó ella con altivez. —Queda ya satisfecha su curiosidad?

Cerca de unas macetas de palmeras, Belmont, notando que Laura manifestábase un poco cansada, la invitó a retirarse:

—Voy a acompañarte a tu casa, ¿quieres?

La jovén accedió de buena gana y los dos se despidieron de Mila Serena. Pero ella acababa de recibir una orden escrita de Mortimer y trató de retener a Roberto.

—¡Cómo! ¿Se van ustedes ya? Quédense a cenar conmigo.

—A mí me es imposible —adujo Laura. —Es ya tarde y vivo muy lejos.

—¿Y usted, señor Belmont?

—Me veo obligado a acompañar a Laura.

Entonces Mila Serena, como si recordase de pronto, añadió:

—¡Ah, se me olvidaba!... Una persona ha telefondado hace poco llamándole para un asunto urgente, y he enviado con mi auto a buscar esa persona con el propósito de impedir que usted nos abandonase. De un momento a otro estará aquí...

La mirada de Laura expresó tal desconfianza, que la Princesa le preguntó:

—¿No me cree usted, señorita?

—¡Oh, sí, Princesa!

—Esa persona de que le hablaba —prosiguió Mila Serena dirigiéndose de nuevo a Roberto —acaba precisamente de llegar.

Belmont rogó a su amiguita:

—¿Quieres que esperemos un poco?

—Quédate tú. Yo prefiero marcharme en seguida.

—Como quieras. Voy a avisar mi auto, para que te conduzca a tu casa.

Una sonrisa de triunfo extendióse por el rostro de la cómplice de Mortimer.

Laura montó en el automóvil sintiéndose extrañamente oprimida. Partió el coche. Y la joven, bruscamente, rompió en sollozos.

Después de despedir a su ahijada, Roberto entró en el palacio.

Mila Serena le acompañó a la habitación donde le esperaba la persona que le había anunciado.

—¿No me reconoces, hijo mío?

Belmont contempló a su padre, que le miraba con temor.

—¿Es usted... mi padre?

—Sí... tu padre, que te pide perdón.

El viejo cayó de rodillas, y Roberto, conmovido, se apresuró a alzarlo del suelo.

—¿Cómo voy a negarle perdón y cariño en estos momentos en que me siento tan dichoso?

—Hijo mío!—balbució Romeche.

Y parecía que toda la ternura, oculta hasta entonces en su corazón, se manifestaba en aquellas palabras.

En los salones, Mila Serena rogaba a sus invitados que pasasen al comedor. Inadvertidamente cayóse un papel. Vignart lo observó y procuró quedarse el último, recogiendo el papel y guardándoselo en el bolsillo después de leerlo.

La nota decía así:

«No te inquietes si no vuelvo esta noche. Estoy trabajando. Puedes devolver la libertad a nuestro joven, pues él mismo caerá en el lazo que le he preparado.—C.»

La expresión estulta de Vignart se animó con un aire inteligente. Acaso no fuera tan tonto como parecía.

Entretanto Romeche trataba de ganar la confianza y el cariño de su hijo.

—¡Oh, soy un pobre viejo, agotado de tanto luchar por la vida!—exclamaba.—Si no te hubiera encontrado, no sé que habría sido de mí.

Roberto lo animó afablemente.

—Desde que regresé de América hice muchas tentativas para encontrarle, pero todas resultaron infructuosas.

—Me encuentro mal... muy mal... —lamentóse Romeche.

—Voy a llevarle a mi casa y allí descansará usted.

La emoción del viejo estalló en palabras de agradecimiento:

—¡Qué bueno eres, hijo mío!

Y Roberto condujo a su casa al viejo que creía su padre y que no era otro que Mortimer hábilmente disfrazado. El verdadero Romeche gemía en su prisión, sin poder hacer nada para recobrar su libertad.

¿Cuáles eran los planes del falso detective?

Nadie, ni aun Mila Serena, los conocía. La Princesa ignoraba que su cómplice se hubiera transformado en el padre de Roberto Belmont.

A la misma hora, Laura llegaba a su casa y su madre adoptiva preguntábale con inquietud:

—¿Qué tienes?... Se diría que has llorado...

La muchacha negó.

—¿Has tenido algún disgusto?—preguntóle Marcour.

Laura volvió a negar.

—¿Y cómo es que Roberto no ha entrado a darnos las buenas noches?

—Se ha quedado en casa de la Princesa—contestó Laura.

Y de nuevo estallaron sus sollozos, que buscaron ahora un refugio en el seno de Marta.

Marcour se rascó la frente.

—¡Malo!—dijo.—Enamoramiento tenemos... Vamos, pequeña, es necesario que te quites esas ideas de la cabeza. Piensa que Roberto es muy rico y que buscará esposa entre las de su clase.

La jovencita se enjugó las lágrimas, que afluían unas tras otras a sus ojos inundando sus mejillas, pálidas por el dolor.

Al día siguiente, en el palacio de Roberto Belmont, el peligroso bandido disfrazado de tío Romeche hacía consideraciones acerca de la suntuosidad de la mansión de su hijo.

Un momento inclinóse sobre una vitrina y Roberto le explicó:

—Es una colección de relojes antiguos. Creo que está tasada en un millón de francos.

El tío Romeche chascó la lengua contra el paladar en señal de asombro.

Roberto lo dejó para ir al teléfono. Deseaba hablar con Mila Serena.

—¡Central!... Hágame el favor...

Transcurrieron unos segundos de silencio. El viejo acercóse a escuchar.

—¿Es usted, Princesa?... Deseaba presentarle mis excusas por mi brusca partida de anoche... ¿Me permite que vaya a visitarla esta tarde?... Entonces, hasta las cinco.

Por la tarde, Belmont, poco antes de las cinco, se preparó para salir.

—Discúlpeme si le dejo solo, papá... pero tengo que acudir a una cita.

—Vete, hijo mío, vete... Por mí no te molestes.

Poco después de marcharse Roberto, su padre abandonó también Neuilly.

—Si mi hijo volviese pronto—previno a un criado, —dígale que he ido a dar un paseo.

Eran las cinco en punto cuando uno de los servidores de la Princesa le presentó la tarjeta de Roberto, que le enviaba un ramo de flores.

—Hay también un señor—dijo—que no ha querido dar su nombre.

Mila Serena, adivinando que se trataba de su cómplice, lo hizo pasar.

—Roberto Belmont va a venir dentro de unos instantes.

Mortimer no dijo que ya lo sabía.

—Necesito que no vuelva a su casa hasta las dos de la mañana—fué su comentario.—Tú verás lo que haces para entretenerte.

—¿Por qué no quieras que vuelva hasta tan tarde?

—Eso a ti no te importa. Limítate a cumplir mis órdenes sin intentar comprenderlas. Además, me parece que no te será desagradable distraer a ese pollo.

El dominio que el detective trataba de ejercer sobre ella, irritó a Mila Serena.

—Pero...

—¡Es inútil discutir! ¡Haz lo que te mando!

—¡El señor Roberto Belmont!—anunciaron.

—Me retiro para no interrumpir vuestro idilio—dijo Mortimer con manifiesta ironía.—Hasta las dos de la mañana, no lo olvides.

Salió el uno y entró el otro.

Las manos en las manos, Mila Serena y Roberto se sentaron.

—Me han gustado mucho sus flores—agradeció ella.

—¿Servirán para hacerme perdonar mi partida de anoche sin despedirme?

Una sonrisa prometedora y una mirada ardiente, inflamada y gozosa, envolvió a Belmont.

—Estaba invitada a tomar el té en casa de unos amigos. Naturalmente, usted me acompañará.

Roberto inclinóse, aceptando.

—Entonces, espéreme unos segundos. Vuelvo en seguida.

Mila Serena reapareció al poco en traje de calle

—Ya sabe usted que esta noche comerá conmigo—lo invitó.—Hoy no consentiré que se me escape como ayer.

Las pupilas de Mila Serena dardearon encendidas miradas y Belmont se estremeció halagado de que aquella espléndida mujer lo hiciera vibrar de deseos.

Horas después, Mortimer, que había prevenido a dos de sus hombres para que a las diez se encontrasen cerca de la puerta del jardín de Neuilly, pues tenía el propósito de desvalijar el palacio, recobraba su disfraz y volvía a la casa de Belmont, donde le entregaron una carta, que estaba concebida en los términos siguientes:

«Papá: Me quedo a comer en París. Volveré tarde. Mañana por la mañana nos veremos.

ROBERTO.»

El viejo dirigióse a la cocina y, sin que lo vieran, echó un narcótico en el vino de los criados.

Uno de ellos notó que tenía un sabor extraño pero sus compañeros lo desmintieron, y a media cena toda la servidumbre de Belmont quedóse profundamente dormida.

Mortimer corrió entonces a abrir la verja a sus

dos auxiliares. En aquel momento, otro hombre apareció en la noche vigilando a los ladrones.

Instantes más tarde, el teléfono de Mila Serena llamaba repiqueteando con insistencia.

La Princesa acudió al aparato.

—¿El señor Belmont?

—Es a usted, Roberto—dijo ella, volviéndose al joven.

Belmont se puso al teléfono.

—Le aviso que están saqueando su casa—oyó.—¡Corra usted, no hay un minuto que perder!

Mila Serena quedó estupefacta en cuanto Roberto, dejando el auricular, le anunció:

—Un inspector de Seguridad me telefona que están robando mi casa.

—Debe tratarse de una broma pesada.

—Por si acaso, será conveniente que vaya a verlo.

Nada pudo hacer ella para evitar que se marchara; pero adivinó de quien partía aquel golpe y no pudo por menos de decir:

—¡Ese canalla de «Caradura»!... ¡Ah, si pudiera desembarazarme de él!

Antes de llegar a Neuilly, la policía salió al encuentro de Belmont.

—Deténgase aquí—le aconsejó un inspector.—No conviene alarma a esos pájaros. He avisado ya a la jefatura, que me ha mandado una brigada.

Roberto miró fijamente al inspector.

—Yo le conozco a usted—dijo.—Tengo idea de haberle visto en alguna parte.

—En efecto, me ha visto usted haciendo el ganso en varias reuniones del gran mundo.

El inspector se puso un monóculo e hizo su presentación:

—Soy Jacinto Vignart, inspector de policía... Le he telefonado porque he visto a los ladrones asaltar

su casa. Pero creo que usted no debe entrar; esos raterillos difícilmente podrán escapársenos.

—¡Mi padre está dentro!

—Entremos pues, ya que no hay otro remedio.

Sonaron los silbatos de la policía y toda la brigada precipitóse en la mansión.



Mortimer y sus dos cómplices se detuvieron en su tarea de desvalijadores.

Mortimer y sus dos cómplices se detuvieron en su tarea de desvalijadores.

—¡Estamos cogidos!

El falso detective dió órdenes precisas a los suyos y los policías fueron desorientados por los ladrones. Para confundir más al inspector, abrióse una puerta y apareció el tío Romeche.

—¿Qué sucede? ¿Por qué este ruido?

—¿No ha visto usted a los ladrones? —le preguntó Roberto, que se oprimía el brazo izquierdo, herido por un disparo de Mortimer en su huída, y que ahora, sin embargo, fingía una absoluta ignorancia de todo lo ocurrido.

Un agente apareció, diciendo:

—Los criados se han dormido, sin duda a consecuencia de algún narcótico.

—No cabe duda. Hay algún cómplice en la casa —aseguró Vignart.

—Pienso exactamente lo mismo —convino el falso Romeche.

Se despabiló a los criados a fuerza de agua, pero ninguno de ellos aportó noticia de interés.

Después de una hora de pesquisas, la policía continuaba sin coger a los rateros.

—Deben haber salido sin ser vistos —vino a decirle a Vignart uno de sus hombres. —Hemos registrado toda la casa y no hemos encontrado nada.

Los dos cómplices de Mortimer hallábanse escondidos debajo de la cama de su jefe.

—¿Cómo vamos a salir de aquí? —le preguntaron.

—Muy sencillo, por la puerta; el único peligro está en atravesar el «hall».

Para facilitar la fuga de los suyos, el disfrazado detective atrajo la atención de los policías que se hallaban en el «hall» guardando la salida.

—¿No ha oido usted un ruido?

—Sí... allí, hacia el fondo del pasillo.

Vignart y su brigada se lanzaron por la pista falsa. Mortimer aprovechó la ocasión y ordenó a sus cómplices:

—¡Pronto! ¡Ahora es el momento!

Detuvo a uno de ellos cuando ya iba a salir.

—Espera... Creo que te llevas *distraídamente* una sortija de valor... ten la bondad de devolvérme la.

El granuja no tuvo otro recurso que entregar lo que había ocultado.

Y mientras los policías se desesperaban, corriendo de habitación en habitación, desconcertados siempre, los cómplices de Mortimer salían libremente de la casa sin que nadie los viera.

V

LA MANO CRIMINAL

Fué noche de inquietudes y de insomnio aquella en que la policía estuvo a punto de apoderarse de Mortimer.

Al otro día, por la mañana, un doctor vino a reconocer la herida de Roberto.

—Afortunadamente no es grave—dijo, después de vendarle el brazo.—Pero como esta noche tendrá usted seguramente un poco de fiebre, tome una cucharada del calmante que voy a recetarle.

La noticia de lo acaecido en Neuilly fué leída casi al mismo tiempo por los Marcour y la Princesa.

Se encontraba Laura curioseando un periódico, cuando se levantó muy nerviosa y le mostró a Marta el diario.

—¡Mira, mamá!... Roberto está herido.
Los periódicos hacían el relato de la forma siguiente:

«Anoche, unos rateros que la policía no pudo capturar a pesar de sus esfuerzos, intentaron desvalijar la casa que el señor Roberto Belmont posee en Neuilly, y en la cual, según parece, se guardan objetos de gran valor. La oportuna llegada del señor Belmont y de la policía desbarató los planes de los audaces ladrones...»

Mila Serena, que también leía el periódico, comentó iracunda:

—¡Esto es obra de «Caradura»!... ¡Como si lo viera!
El diario concluía su información diciendo:

«...En la lucha entablada entre la policía y los ladrones, el señor Belmont fué herido en un brazo de un disparo, aunque, según parece, la herida no es de gravedad. Los rateros consiguieron huir.»

Laura, cada vez más dominada por sus temores, rogó a los Marcour:

—¡Por Dios, vayamos allá en seguida!... ¡Quién sabe si en estos momentos está necesitado de nuestros cuidados!

El médico acababa de retirarse, y «Caradura» daba vueltas en su pensamiento a una idea criminal que se le había ocurrido al oír al doctor recetarle a Roberto un calmante.

—Si se muriese... ¿quién heredaría su fortuna?—pensaba.—¡Su padre... es decir, yo!

Entró en su habitación y se arregló.

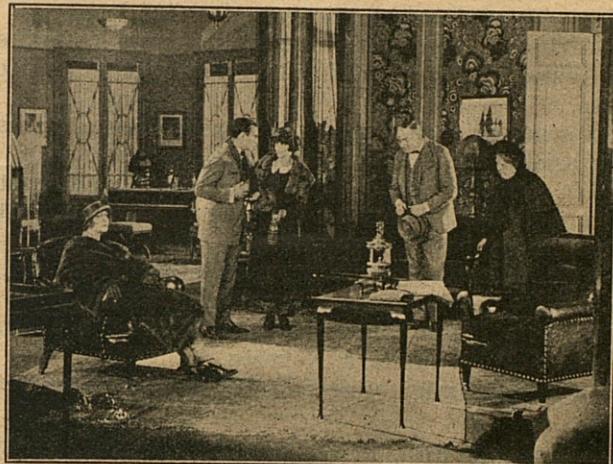
—¿Va usted a salir, papá?

—Sí, voy a dar un paseo por el Bosque... a estirar un poco las piernas.

—¡La señora princesa Mila Serena!—anunció un criado.

—Te dejo—observó el bandido.—Las princesas no se han hecho para mí.

Mila Serena felicitó a Roberto por la poca importancia que tenía su herida.



La conversación fué interrumpida por la llegada de Laura y de los Marcour.

—¡Cuánto me alegro de verte levantado!—exclamó.

Siguieron hablando. La Princesa empezaba a sentirse atraída por la juventud y nobleza de Belmont, y, sin habérselo propuesto, empezaba a poner un interés personal en sus relaciones con él.

Su conversación vióse interrumpida por la llegada de Laura y de los Marcour.

La joven, con la alegría de encontrar a Belmont mejor de lo que suponía, no advirtió al principio la presencia de Mila Serena.

—Perdón por no haberla visto antes—disculpóse al darse cuenta de su falta de cortesía.—¡Estaba tan inquieta!

—Yo también estaba muy inquieta, señorita.

Las dos mujeres se miraron, desafiándose.

—Princesa, permítame que le presente a los padres de Laura, el señor y la señora Marcour—dijo Roberto.

El granjero y su mujer, poco habituados a rozarse con aristócratas, extremaron sus saludos.

Mila Serena acabó por encontrarse a disgusto entre aquellas buenas gentes, que mostraban tanta familiaridad con Belmont.

—No quiero interrumpir estas efusiones... sentimentales—despidióse con forzada sonrisa.

Hizo un ligero saludo al matrimonio y a Laura, y estrechóle la mano a Roberto.

—Querido amigo, ¿me permite que le dé un consejo?

—Usted me dirá, Princesa.

—Si quiere descubrir a los ladrones, diríjase de mi parte al señor Mortimer... Es un detective habilísimo. Vive en el bulevar Haussmann, número 57.

—¡Qué coincidencia más extraordinaria!—exclamó Marcour, no bien salió Mila Serena.—Figúrate que el otro día, encontrándome en el mercado, recibí una citación de ese detective que acaban de recomendarte.

El granjero relató entonces todo lo que le había sucedido en su entrevista con Mortimer.

Una ligera arruga extendióse por la frente de Roberto.

—¿Hace mucho tiempo que conoces a la Princesa?—le preguntó a Laura.

—Un año, aproximadamente.

—Bien, hablemos de otra cosa—añadió substraéndose a sus preocupaciones.—No saben cuánto les agradezco esta visita.

En aquellos momentos «Caradura», bajo su disfraz del tío Romeche, entraba por una puertecilla excusada en su misterioso hotel del bulevar Haussmann. Allí estaba prisionero el verdadero padre de Roberto, y su suplantador había concebido el propósito de hacerlo desaparecer.

Mortimer oprimió un botón que hizo mover una mirilla, detrás de la cual pudo ver a su anciano contable tendido y con los brazos y piernas sujetos por fuertes ligaduras.

—Este hombre es ahora un peligro. ¡Es necesario que desaparezca! Sólo así estaré libre de cuidados—se dijo el detective.

Su índice buscó en la pared un botón rojo, se apoyó en él, y el tío Romeche fué precipitado a una cueva sombría. La violencia del golpe que recibió al caer privó de conocimiento por unos instantes al desgraciado.

La familia Marcour continuaba en Neuilly, satisfecha de poder prolongar su visita a Roberto.

Laura no ocultaba su alegría viendo a su amigo, y Marta, que no olvidaba el llanto de la noche anterior cuando la joven regresó de casa de la Princesa, dijo:

—Desde que supo lo de tu herida, la pequeña nos ha dejado un momento tranquilos.

—Es que te quiere bien—añadió el granjero.—
No tendrás queja.

Belmont admiró una vez más la exquisita belleza de Laura, toda encendida en rubores.

—¿Es verdad eso, hermanita?

Marcour hizo una seña a su mujer y los dos se retiraron, dejando solos a los muchachos.

Cerca de su amiguita, Roberto permaneció un instante en muda contemplación.

—¡Laura... Laura de mi vida!—exclamó de pronto.

Los ojos de ella se humedecieron de placer. Aquellas palabras ritmaban con los latidos de su corazón, respondiendo a los sentimientos que habían nacido en él desde que conociera a su salvador.

Discretamente alejados, los Marcour sonrieron presenciando aquella escena.

—¡Oh, juventud, juventud!—murmuró el hombre.

Aquel día, Jeremías Mosés, el judío que había comprado el collar de perlas al tío Romeche, se hallaba en su covacha cuando recibió la desagradable visita de la policía. Quiso el usurero oponerse a que registraran su despacho, pero no pudo impedirlo y uno de los agentes dió con el collar, oculto en el cajón de una mesa.

—¿De dónde proviene este collar?

—Se lo compré a un individuo a quien no conozco.

—¡Miente usted!

Jeremías encerróse en un mutismo absoluto, y los policías determinaron detenerlo.

Poco después, la princesa Mila Serena fué llamada al despacho del jefe de policía.

—¿Podría usted decirme, señora, el número de perlas del collar que le robaron?

—Cincuenta y dos.

—¿Tenía alguna señal que permitiera reconocerlo?

—Sí, señor: mis iniciales, M. S., están grabadas en el broche... si éste no ha sido cambiado.

El jefe le mostró el collar.

—¿Es este?

—¡Oh, sí! Lo reconocería entre mil.

—Pues ahora se le devolverá, después de llenar



—¿Es este?

—¡Oh, sí! Lo reconocería entre mil.

algunas formalidades... ¿No sospecha usted quién se lo robó?

Mila Serena no se atrevió a hacer recaer sus sospechas sobre nadie, puesto que ignoraba quién había sido el ladrón.

La Princesa sentía ciertas prisas por marcharse, pues deseaba ver a su cómplice para averiguar sus planes con respecto a Roberto. Así que en cuanto

le entregaron el collar despidióse un poco precipitadamente, después de felicitar a la policía por su triunfo.

Ella se hubiera mordido de celos si supiera que Laura se hallaba entonces en casa de Belmont.

Y en verdad que los jóvenes parecían no tener deseos de separarse.

Fué Marta la que puso término a su diálogo a media voz, diciendo:

—Date prisa, Bartolo, que ya se acerca la hora de comer.

—Quédense a comer aquí—rogó Roberto.
Los Marcour vacilaron.

—Sí, mamá—apresuróse a decir Laura,—que démonos, ya que Roberto nos invita.

Accedió el matrimonio de buena gana, complacidos, además, al verse tratados por el joven millonario en un plano de camaradería.

—Aquí viene mi padre—advirtió Belmont, viendo aparecer al tío Romeche en el jardín.

—¡Qué cara va a poner cuando nos vea aquí!

El disfrazado Mortimer, como ignoraba las relaciones de Roberto con los honrados vendedores, no dió muestras de conocerlos.

—¿No sabe usted quienes son, papá?—le preguntó Roberto.

—¡Ah, sí! Es el buen Marcour.
Volvióse a Laura y preguntó, haciéndose dueño de la situación:

—¿Y esta señorita es hija de ustedes?

—Pregúntele a su hijo quien soy, que él se lo dirá—repuso Laura sonriendo.

—¿Quieres que se lo diga?—preguntó Roberto.
Ella asintió.

—Pues bien, sea... ¿No se acuerda usted, papá, de aquella noche en que yo le llevé a casa un bebé?

—Ya sabes que ando mal de memoria... ¡Estos pícaros años!

—Era, lo recuerdo bien, la noche del 17 de octubre de 1904... Encontré a Laura en el mercado de verduras... La policía acababa de dar una batida por aquellos alrededores...

«Caradura» recordó entonces su odisea de veinte años atrás, cuando abandonó en el mercado, viéndose perseguido por la policía, a la hija de los Belmont...

—¡Ella!—pensó.—Esto va a precipitar los acontecimientos.

Sentáronse todos a la mesa.

—¿De modo, señorita, que nunca volvió usted a encontrar a sus padres?—inquirió el bandido.

—No, nunca supe quienes fueron. No se encontró sobre mí ninguna medalla ni otra señal que me permitiera reconocerlos más tarde.

Durante la comida, Bartolo fué llamado al orden varias veces por su mujer, que pretendía de su marido que se condujera como hombre avezado a vivir en la mejor sociedad. A él esto se le hacia cuesta arriba; sin embargo, se resignaba y procuraba atender de la mejor manera posible las indicaciones de Marta.

Concluido el almuerzo, pasaron a otro saloncito para tomar el café.

Mortimer adivinó la naturaleza de los sentimientos que acercaban a Roberto y a Laura, y dijo:

—Estoy pensando que la señorita haría una excelente ama de casa.

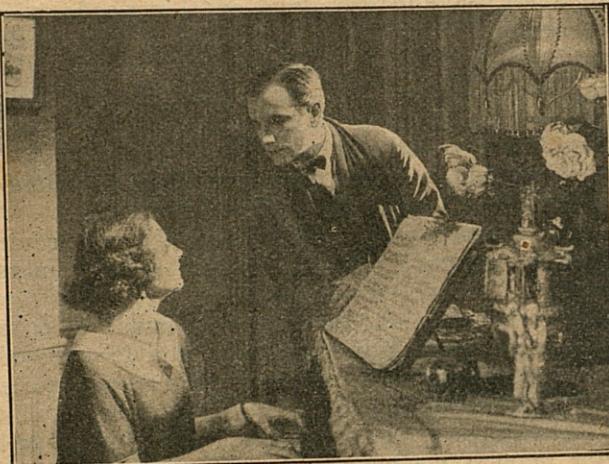
—Yo hace mucho tiempo que pienso lo mismo—convino Belmont entre las risas de los Marcour.

El falso Romeche levantóse para irse.

—Amigos míos, con su permiso voy a retirarme.
Poco después, Marcour solicitó de Laura:

—¿Quieres tocar un poco el piano?

Roberto la acompañó, quedando de pie cerca de ella. La música tuvo la virtud de hacer dormir al matrimonio. Hubiera sido lo mismo si no se durmieran, porque Belmont y Laura no se daban cuenta de nada. Lentamente, las manos de la muchacha fueron posándose en las teclas hasta quedar inmó



... Los ojos de Roberto la tenían en una actitud de entusiasmo y estupor.

viles. Los ojos de Roberto la tenían en una actitud de entusiasmo y estupor.

El se inclinó hacia ella. Laura levantóse instintivamente y, sin saber cómo, se encontraron el uno en los brazos del otro.

Sonó un beso.

Marcour se despertó.

Sonó un segundo beso.

Marcour despertó a su mujer.

En aquel momento, Roberto y Laura advirtieron que los estaban viendo. El matrimonio simuló quedarse dormido de nuevo, pero no les valió la treta, pues los dos jóvenes se les acercaron.

La boca del granjero abrióse en una sonrisa.

—¿Qué pasa?—preguntó.

—Señor Marcour, tengo el honor de pedirle la mano de Laura.

El apretón de manos con que el granjero contestó a la proposición de Roberto, le hizo dar a éste un grito.

—¡No apriete usted tanto!

Horas después, «Caradura», prosiguiendo el desarrollo del plan que había meditado, preparaba en su alcoba una poción misteriosa.

En el fondo de la cueva donde había sido precipitado, Romeche, al recobrar el conocimiento, notó que su nueva prisión era algo así como una tumba en la que restos de esqueletos atestiguaban que allí se habían cometido muchos crímenes.

Desesperado al ver el fin que le esperaba, el viejo sacó fuerzas de flaqueza y logró desembarazarse de la cuerda que lo ataba.

Luego, con febril excitación, se puso a buscar una salida.

Rodeado de sombras, a la pobre luz de un pequeño

mechero, Romeche se fatigó procurando apartar una piedra que se apoyaba en una de las paredes.

Sus esfuerzos lograron verse coronados por el éxito. Separada la piedra, el prisionero distinguió una pequeña puerta, y sus brazos flacos y sus manos nervudas se arañaron y ensangrentaron luchando contra aquel obstáculo.

¿Cuánto tiempo duró la horrible tarea?

La luz del día no llegaba hasta allí. Sudoroso y jadeante, el pobre viejo afanábase en huir de su prisión. Pasaron muchas horas. Romeche venció la resistencia que le ofrecían los barrotes de madera que sujetaban la puerta. Arrastróse fuera y cayó desvanecido al borde de una de las alcantarillas de la ciudad, que era por donde tenía salida su prisión.

Así lo encontraron unos poceros, que se apresuraron a trasladarlo al hospital en gravísimo estado. Las angustias sufridas y los esfuerzos que tuviera que hacer para librarse de la horrible muerte a que le condenara Mortimer, habían agotado todas sus energías.

Algunos días después, el estado de Roberto, sin que nada lo justificara, habiérase agravado de modo extraño y alarmante.

El doctor no supo explicarse aquella agravación.

—Siento que van faltándome las fuerzas—le dijo el enfermo.

—Nada grave. Son consecuencias de la herida... Continúe tomando la medicina que le receté.

—¿Y no le inquieta esta agravación repentina, doctor?

—Por ahora no puedo decir nada. Hay que esperar.

Al mismo tiempo, Mila Serena procuraba en vano ver a Mortimer, guiada por el propósito de averiguar sus planes para poder contrarrestarlos.

La Princesa empezaba a sentirse enamorada de Belmont y temía que su cómplice lo hiciera víctima de cualquier atentado.

Como no lograse que él acudiera a su casa, decidióse a visitarlo en su hotel del bulevar Haussmann.

Uno de los empleados de Mortimer la recibió.

—El señor Mortimer está fuera de París y no sé cuando regresará—le dijo, cumpliendo órdenes de su jefe.—Si quiere usted dejarle algún encargo...

—Digale que la policía ha encontrado ya mi collar.

A aquella hora, el judío Mosés sufría un hábil interrogatorio.

—Piense que negándose a denunciar al que se lo vendió, agrava usted su situación—le previno el juez.

—Está bien, lo diré... Fué un tal Romeche quien me lo vendió—confesó el judío.

Romeche se hallaba entonces en el hospital. Se acercaba su última hora, sin que hubiera recobrado el conocimiento.

La policía había sido avisada, pero, dado el estado del enfermo, no pudo conseguir que declarase cómo y por qué fué a dar a las alcantarillas, donde lo habían encontrado los poceros.

Como todas las mañanas, en la de aquel día la princesa Mila Serena esperaba a Laura Marcour para ensayar con ella las canciones que tantos triunfos le proporcionaban en el gran mundo.

Laura llegó a la hora de costumbre y le anunció:

—Señora, siento mucho tener que comunicarle una noticia desagradable... En adelante no podré acompañarla al piano.

—¿Por qué?—preguntó Mila Serena, levantándose del diván en el que se hallaba tendida.

—Voy a casarme.

—La felicito, amiga mía. ¿Puedo saber quién es su prometido?

—Lo conoce usted mucho... Es Roberto Belmont. La Princesa mordióse los labios.

—Mi enhorabuena—dijo, disimulando su despecho.

—Ha sabido elegir usted un buen partido. Deseo de veras que ni usted ni él tengan que lamentarlo algún día.

—¡Oh, no, señora! Nos amamos, y esa es la mejor garantía de nuestra felicidad.

Se miraron con odio y Laura se retiró.

—¡Has sido más hábil que yo, pero ya sabré tomar la revancha!—se dijo Mila Serena a solas, dando rienda suelta a su cólera.

Aquella noche, cuando Roberto empezaba a con-



— La felicito, amiga mía. ¿Puedo saber quién es su prometido?

ciliar el sueño, despertóse con sobresalto viendo como una mano se deslizaba por una estrecha abertura de la puerta, cogía el calmante que el doctor le recetara y dejaba en su lugar otro frasco.

Permaneció sin saber qué hacer unos segundos.

Luego levantóse y subió a las habitaciones de su padre.

—¿Ha salido usted de su alcoba?—le preguntó.

—Sí; había olvidado mis gafas y por eso he vuelto a bajar.

Roberto acostóse de nuevo, sintiéndose seriamente inquieto.

—¡Estoy seguro de no haber soñado!—dijo.

¿Quién podía ser el que acababa de cambiar la posición de su calmante, y con qué objeto?

VI

ODIO DE MUJER

Al día siguiente de su interesante descubrimiento, Roberto Belmont lo primero que hizo al levantarse fué comunicar a su médico las dudas que le asaltaban, entregándole el frasco que la mano misteriosa había colado en su mesilla de noche, para que analizase su contenido.

El doctor volvió por la tarde, y encerróse con Belmont en el despacho de éste.

—¿Está usted seguro de que nadie puede escucharnos?

Roberto tranquilizó al doctor, que añadió:

—Por mí mismo he hecho el análisis de la medicina, la cual contiene una dosis de veneno insuficiente para causar la muerte inmediata, pero capaz de provocar en el organismo desórdenes parecidos a los que viene sufriendo usted desde hace unos días.

—¿Y... qué conclusión saca usted de esto?

—Que se trata de envenenarle lentamente.

Roberto se turbó. Su padre no se encontraba en casa a aquellas horas, pues, como todas las mañanas, «Caradura», bajo su disfraz de tío Romeche, desayunada en el Bosque.

Concluido el desayuno tomó un auto, que siguió Jacinto Vignart en otro coche, ya que el inspector de policía venía vigilando desde algún tiempo atrás a Romeche.

Por desgracia, al coche del inspector se le estropeó una de las ruedas y «Caradura» pudo librarse de ser perseguido.

Después del fracaso de su persecución, Vignart, orientando sus pesquisas por otro lado, encaminóse a Neuilly.

—Llega usted a tiempo—le dijo Roberto.—Tengo la prueba de que soy víctima de una tentativa de envenenamiento.

—¿El auto 4137-14 es de usted?—preguntó el inspector.

—No.

—Pues hace unos momentos he visto al señor Romeche subir a ese auto.

—¿Y qué deduce de eso?

—Por ahora es temprano para hacer deducciones...
Más adelante veremos...

Ya se despedía Vignart, cuando se presentó Romeche.

—¿Qué, papá, ha hecho usted un buen paseo?

—Magnífico; he estado un rato en la Cascada y luego he vuelto a pie, tomando el sol.

El falso detective volvióse a Vignart.

—¿Y qué hay de aquellos ladrones de la otra noche? ¿Los ha encontrado usted ya?

—Todavía no... pero busco, busco siempre...

Romeche subió al hotel y Roberto preguntó perplejo:

—¿Por qué ha mentido mi padre?... ¿Usted lo ha visto realmente subir al auto?



—¿Por qué ha mentido mi padre?... ¿Usted lo ha visto realmente subir al auto?

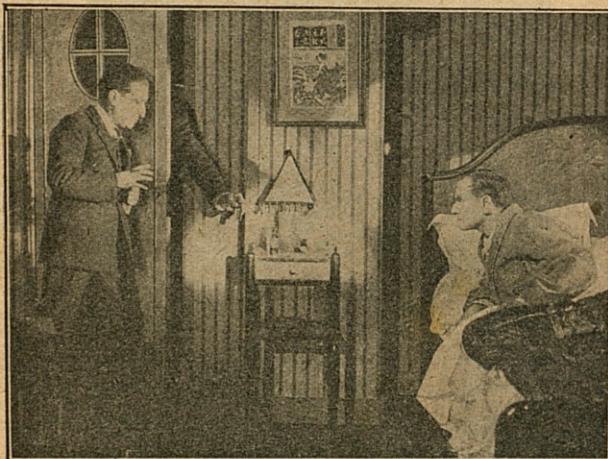
—Escúcheme, señor Belmont: es necesario que esta noche me quede aquí sin que nadie se entere... su padre menos que ninguno.

Oculto en la alcoba de Roberto, Vignart esperaba. Llegó la noche. Oyóse un rumor de pasos. La puerta

de la habitación abrióse cautelosamente. Un brazo se introdujo sigiloso. De pronto Vignart oprimió el brazo. Roberto saltó de la cama. Se hizo la luz.

—¡Mi padre!—exclamó Belmont.—¿Quería usted asesinarme?

Vignart apoyó su mano en el hombro del bandido.



... La puerta de la habitación abrióse cautelosamente. Un brazo se introdujo sigilosamente...

—Es usted el señor Romeche, ¿no es así? Pues en nombre de la ley, queda usted detenido.

Bruscamente, Mortimer libróse del policía y echó a correr. El inspector quiso lanzarse tras él, pero Belmont le detuvo.

—Déjelo. No quiero denunciar a mi padre.

—Siento no poder complacerle, pero ese hombre

no sólo es culpable de envenenamiento, sino que está acusado también del robo de un collar de perlas.

Abrumado, Roberto no se interpuso ya.

Perseguido de cerca, Mortimer salvábase de habitación en habitación tratando de llegar al «hall». Y de nuevo su hijo lo libró de la policía facilitándole la fuga.

—¿Lo ha dejado escapar usted?—preguntó Vignart.

—¿Qué habría de hacer?... ¡Es mi padre!

Mientras tanto, Mila Serena, la antigua «Casco de Oro», guiada por su odio a Laura Marcour, había vuelto al escenario de sus pasados triunfos, donde se ponía de acuerdo con unos cuantos tipos de su calaña.

Un día después, Laura recibía la carta siguiente:

«Señorita: tengo el propósito de ausentarme de París por algún tiempo, y desearía que esta tarde, a las cinco, pasara usted por mi casa para recoger los papeles de música que son de su propiedad.

Espera su visita y la saluda muy cariñosamente,

MILA SERENA.»

Laura mostró la carta a sus padres.

—Creo que debes ir—le aconsejaron,—y si te vuelve a hacer alguna alusión respecto de tu matrimonio, no te guardes la lengua en el bolsillo.

La joven, dando de lado a sus recelos, vistióse para acudir a casa de la Princesa.

Mientras tanto, «Caradura», volviendo a recobrar su personalidad de Jack Mortimer, preparaba un nuevo plan, aprovechando para ello las cartas y documentos que pertenecían al tío Romeche.

Convencido de que la verdadera heredera de los Belmont era la niña que él había raptado en otros

tiempos y abandonado después, o sea Laura Marcour, el falso detective comenzó por escribir la siguiente declaración:

«Yo, el abajo firmado, Nicolás Berger, alias «Caradura», confieso haberme apoderado el 1 de octubre de 1904 de la hija de los señores Belmont, poco después del accidente automovilista de que fueron víctimas dichos señores, con el propósito de devolverla mediante una fuerte suma. Pero una noche, perseguido por la policía, abandoné la niña en el mercado de verduras. Era la noche del 17 de octubre de 1904.

NICOLÁS BERGER, alias «Caradura».

—El inspector de seguridad señor Vignart desea hablar con usted—le anunció uno de sus hombres.

Frente a frente, el policía y el bandido se observaron, procurando adivinarse.

—He venido—comenzó diciendo Vignart—a fin de obtener algunos datos acerca del auto 4137-14...

—Ese auto es mío. ¿Lo han encontrado? Hace varios días que me lo robaron.

—¿Y cómo no presentó usted la oportuna denuncia? Es lo que suele hacerse en tales casos.

—Cuestión de amor propio—repuso Mortimer.—Me parecía algo ridículo solicitar la ayuda de mis colegas oficiales. Pero en fin, puesto que usted tiene la amabilidad de encargarse de ese asunto... ¿Ha encontrado usted al ladrón, o al menos me trae noticias tranquilizadoras?

Vignart tuvo que renunciar a obtener nada por aquel lado. Su enemigo era demasiado hábil para dejarse coger. Despidióse burlado en sus esperanzas, aunque sonriendo siempre.

—¡Eres muy poca cosa para mí!—quedóse diciendo Mortimer.

Coincidiendo con este incidente, Mila Serena, dominada por el odio que inundaba su alma, esperaba con impaciencia la llegada de Laura.

En cuanto apareció la joven, la Princesa la acogió con toda cordialidad.

—Reconozco que en nuestra última entrevista no estuve muy amable con usted—confesó, tratando de captarse las simpatías de su rival.—Pero no quiero que nos separemos enemistadas.

Acercóse a Laura llevando en la mano un pequeño estuche, y añadió:

—Como tengo que salir para un largo viaje y no podré tener el placer de asistir a su boda, permítame que le ofrezca este pequeño recuerdo.

La muchacha resistióse al principio a aceptar el obsequio, hasta que vencida en su ingenuidad por la gentileza de Mila Serena tomó el regalo sonriendo.

—Voy a tomar el tren—agregó la Princesa.—Acompáñame a la estación y charlaremos un rato por el camino.

Ganada por la cortesía y la amabilidad de aquella mujer, Laura dejóse engañar y subió con Mila Serena al auto que las esperaba a la puerta del hotel.

Poco después, Mortimer recibía la inesperada visita de una de las camareras de Mila, que él tenía a sueldo.

—¿Qué sucede?

—Que mi señora ha salido en auto con la señorita Laura Marcour. Sé que la Princesa está celosa y que la lleva a su «villa» de Saint-Cloud para jugarle una mala pasada.

En efecto, así era. El coche volaba ya por las afueras de la ciudad.

—¿No hemos pasado ya la estación?—preguntó Laura.

—Está usted equivocada, señorita—repuso tranquilamente Mila Serena.—Aun nos queda un kilómetro.

Mortimer premió los servicios de la camarera y comentó:

—¡Ah, «Casco de Oro», sin quererlo estás trabajando para mí más de lo que te imaginas!

Despidió a su cómplice y, tomando una muestra de la escritura de Belmont, se puso a imitarla.

Aquel granuja poseía todas las malas habilidades, incluso la de falsificador.

La desconfianza de Laura al advertir que el coche se alejaba cada vez más, estalló de pronto:

—A dónde me lleva usted?

Mila Serena no contestó. Disimuladamente vertió en su pañuelo un poco de cloroformo y lo aplicó de súbito al rostro de la muchacha, que quedóse dormida sin poder defenderse.

Entretanto en casa de los Marcour, los padres adoptivos de Laura comenzaban a inquietarse.

—Es extraño que esa muchacha no haya vuelto aún—decía el granjero.—Va a llegar tarde y hoy, precisamente, que Roberto vendrá a comer con nosotros.

—¿Le habrá sucedido algo?—preguntó con inquietud su mujer.—No comprendo sino...

De los mismos temores participó Roberto no bien llegó y supo de sus amigos que Laura había ido a casa de la Princesa y que todavía no estaba de vuelta.

—Esta tardanza me preocupa—dijo Marcour.—¿No sería mejor que fuésemos a enterarnos?

Roberto y Marta convinieron en que aquello era lo mejor que podían hacer, y los tres juntos se encaminaron al hotel de Mila Serena.

A todo esto, avisado por la Jefatura de Policía de la presencia de un tal Romeche en el hospital, Jacinto Vignart no perdía el tiempo y acudía al lado del enfermo que, horas antes, en medio de su delirio había pronunciado su nombre y llamado a Roberto.

—Está aquí desde hace cuatro días—le explicó una enfermera.

—¿Dónde se le ha encontrado?—preguntó Vignart con todas sus ideas confundidas.

El relato que le hicieron de la manera cómo había sido hallado el viejo, acabó de desconcertar al inspector.

Si Romeche estaba allí desde hacía cuatro días, ¿cómo era posible que cuarenta y ocho horas antes lo viese él en Neuilly, donde trató de detenerlo cuando intentaba envenenar a Belmont?

No lo comprendía.

Aproximóse al lecho del enfermo, que movió los labios para balbucir:

—Quiero ver a mi hijo!... Se llama Roberto Belmont... ¡Hijo mío!...

Los ojos del enfermo se cerraron de nuevo y sus labios volvieron a enmudecer.

Mientras sucedía esto, Mila Serena llegaba a Saint-Cloud, donde la esperaban sus auxiliares, a los que ordenó que transportasen a la cloroformizada joven a una cueva abierta en la planta baja de la casa de la finca.

Pronto sonaron los golpes de varias azadas, que ahondaban el suelo haciendo una zanja, o mejor dicho una sepultura, en la que la Princesa pensaba enterrar a la pobre muchacha que no cometiera otro pecado que el de amar con todas las veras de su alma a Roberto Belmont.

Mila Serena contempló a Laura, que yacía a sus pies.

—¡Me has robado el único hombre que supo despertar mi corazón!—exclamó.—¡Pagarás esto con la vida!

Hacía dos horas que Laura había salido de su casa. Los Marcour y Roberto llegaban entonces al hotel de la Princesa para indagar noticias de la joven.

—¿No está aquí la señorita Laura Marcour?—preguntó Roberto a la doncella que salió a abrirles.

—Estuvo aquí hace unos instantes... y después salió con la señora.

—¿En qué dirección?

—No lo sé.

Marcour comprendió que la doncella mentía y la amenazó, zarandeándola de un brazo:

—¡Hable! ¡Usted sabe algo!

La criada quiso resistirse. A sus gritos acudieron los demás criados y el enfurecido granjero los acometió bravamente a todos, ayudado por Roberto, que estaba fuera de sí, y aun por su mujer, que se dió buena maña para tener a raya a dos espías que se lanzaron contra ella.

Avisada por una de las doncellas, acudió una pareja de guardias.

—¡Pongan en la calle a esa gentuza!—gritó la servidumbre de Mila Serena.

Y los Marcour y Roberto fueron conducidos a la Comisaría sin haber descubierto el paradero de Laura, que seguía dormida en poder de su rival.

Los cómplices de Mila Serena acababan de concluir su siniestra tarea.

—Todo está dispuesto, «Casco de Oro».

Envolvieron a la muchacha en una sábana blanca y dos de los hombres la levantaron.

En aquel momento Mortimer llegaba a Saint-Cloud, ponía fuera de combate a un espía y sorprendía a la Princesa y a sus amigos.

—¡Arriba las manos!... ¡Caramba, cuánto bueno por aquí!... El «Aguila», el «Camaleón»... Vamos, largaos en seguida si no queréis que dé cuenta de vosotros.

El revólver de «Caradura» era una amenaza demasiado seria para que aquellos hombres intentasen desobedecer. Uno tras otro, deslizáronse fuera.

«Caradura» volvióse a Mila Serena.

—¿Querías matarla, verdad? Empiezas a perder la cabeza, y eso es lo peor que puede sucedernos en nuestro oficio.

El bandido habíase guardado el revólver. Rápidamente, «Casco de Oro» se echó sobre él blandiendo un puñal. Entablóse una lucha, que concluyó pronto.

Laura Marcour volvió en sí en aquel momento, y, llena de terror arrastróse sin poder huir.

A todo esto, «Caradura» desarmaba a su enemiga y empujábala dentro de una habitación, donde la dejaba encerrada echando la llave por fuera.

Miró entonces a Laura, a cuyos ojos desorbitados se asomaba el terror.

—¡Piedad!... ¡Por favor, no me haga daño!

—No tema, señorita... He venido aquí para salvártela. Esa mujer quería asesinarla a usted, en complicidad... con Roberto Belmont.

Laura se puso en pie.

—¡Usted miente! ¡Eso que dice no es verdad!

—Tranquilícese, se lo ruego, y escúcheme atentamente.

La situación de ánimo de la joven no era la más favorable, sobre todo después de haber oído que se acusaba a Roberto de pretender asesinarla.

Continuando el desarrollo de su plan, Mortimer, que tenía a su favor el hecho de haberla salvado, prosiguió:

—Usted es la hija legítima del banquero Samuel Belmont... es decir, su heredera legal. ¿Empieza usted a comprender?

Y para convencerle le entregó la declaración escrita por él horas antes y que firmaba «Caradura».

Ella la leyó detenidamente.

—¿Y quién le dice que se trate de mí?—preguntó.

—Yo puedo probarle que el hombre que escribió esto es el mismo que en una noche de otoño la abandonó en el mercado de verduras.

El relato coincidía en todas sus partes con el que ella oyera de latíos de sus padres. Trató, sin embargo, de defender a Belmont.

—Roberto ignoraba esto. ¡Estoy segura de su inocencia!

Entonces «Caradura» le entregó la carta que había falsificado imitando la letra del joven.

Laura creyó morir al leerla.

«Mi querida Mila: Espero que, gracias a ti, pronto nos veremos libres del único obstáculo que se opone a nuestra dicha. Una vez *suprimida* la mujer que tú sabes, nada tenemos que temer y la fortuna de los Belmont será el digno marco de nuestra felicidad...»

—¿Reconoce usted su letra?—preguntó el falso detective.

Laura llevóse las manos al rostro y rompió en sollozos.

VII

LA VENGANZA DE UN BANDIDO

«Caradura» estaba a punto de ganar la confianza de Laura, aprovechándose de las ventajas de su papel de héroe.

Ella quería dudar. Ella dudaba. ¿Cómo era posible que él, Roberto?... ¡Oh, no, eso nunca! Roberto era inocente. Sin embargo, sus manos estrujaban una carta odiosa en la que, con su propia letra, Belmont había escrito su condena de muerte.

Vencida, deshecha, rota por el dolor, con el pensamiento turbado, herida el alma, la joven sentía que el mundo se hundía bajo sus pies, que algo horrible sucedía cuyo sentido ignoraba.

Pero su corazón se aferraba a la esperanza y rechazaba la acusación lanzada contra su prometido.

Los cómplices de Mila Serena, atemorizados por

Mortimer, habíanse refugiado en el jardín, y allí esperaban ocultos el desenlace de la aventura.

«Casco de Oro», prisionera de su culpa, caída detrás de la puerta de la habitación en que «Caradura» tuvo la precaución de encerrarla, desesperábase por el fracaso de sus planes, y una loca sed de venganza lastimaba su garganta y envenenaba su sangre con la fiebre del odio.

Mientras tanto, Roberto Belmont y el matrimonio Marcour, después de su entrada un poco brusca en el domicilio de Mila Serena, se encontraban ante el Comisario.

Con su impetuosidad característica, Marcour, a las preguntas de la autoridad, desbordóse diciendo una serie de cosas inútiles, de palabras innecesarias, que no sirvieron de nada como no fuera para disponer en contra suya al Comisario.

Por fortuna Roberto intervino, sacando de su cartera una tarjeta y haciendo su presentación:

—Soy Roberto Belmont, y le ruego que me escuche unos instantes. Lo que ha sucedido es lo siguiente

Con palabra segura, el joven refirió cómo había desaparecido Laura y cómo ellos se decidieron a presentarse en el hotel de Mila Serena, cuyos criados se negaron a decirles dónde se hallaban su señora y la muchacha, dando lugar con ello a la escena violenta debido a lo cual los guardias los detuvieron.

—Lo que usted me cuenta es extraordinario—observó el Comisario.—No me explico cómo en pleno París puede desaparecer una joven.

Llamó a uno de sus subordinados y le ordenó:—¿Quiere usted telefonar al inspector Vignart, del Servicio Central? Quizá su ayuda nos sea útil. Es hombre inteligente, cuyo concurso conviene recabar en asuntos de esta naturaleza.

Transcurrieron breves instantes. Marcour y su

mujer sentíanse cada vez más preocupados por la suerte de su hija adoptiva. Lo mismo sucedíale a Belmont.

El buen granjero paseaba de un lado para otro, dándole vueltas entre sus manos a la gorra y mascullando amenazas.

Volvió el subordinado del Comisario.

—Contestan que el inspector Vignart—dijo—ha sido llamado al hospital de la Cruz para comprobar la identidad de un tal Romeche, que está muriéndose.

Belmont preguntó intransquilo:

—¿Cómo se llama ese Romeche?

—No puedo decírselo. Pero precisamente el inspector Vignard había dado orden de que le avisasen a usted en su casa.

Una profunda inquietud reflejóse en el semblante de Roberto. ¿Sería su padre el moribundo?

Al mismo tiempo «Caradura», dispuesto a servirse de la ocasión en la forma que estuviera más en consonancia con sus intereses, animaba a Laura diciéndole:

—Venga conmigo, señorita. Voy a conducirla a casa de sus padres... a Montfermeil.

La muchacha lo siguió a pasos lentos, como si el andar le costara un esfuerzo enorme.

Salieron de la cueva y montaron en un auto, que, acto seguido, se puso en marcha.

Los cómplices de «Casco de Oro» volvieron entonces a buscar a su amiga, que aporreaba la puerta de su prisión con los puños crispados.

—¿Y «Caradura»?—preguntó al verse en libertad.

—Se ha marchado, llevándose a la muchacha.

Una llamada de rabia encendió sus ojos. Luego, dominando un poco la ira que la mordía en todo su

ser, púsose de acuerdo con sus compañeros para vengarse.

Fué una conferencia breve, pero decisiva para el porvenir de Mortimer

—Haced lo que os digo—concluyó «Casco de Oro»—y tendréis una buena recompensa.



—Haced lo que os digo y tendréis una buena recompensa.

Los cómplices de Mila Serena salieron detrás de Mortimer, que llegaba entonces a su hotel del bulevar Haussmann.

La joven no pudo menos de preguntar:

—¿Por qué no me conduce usted a mi casa?

—No tema—la tranquilizó él.—Vamos antes a cubrir una pequeña formalidad... un sencillo cambio de papeles. Terminaremos en seguida.

Laura no se encontraba con la serenidad de espí-

ritu necesaria para darse cuenta de la conducta del que parecía su salvador y entró en la casa misteriosa donde el falso detective fraguaba sus atentados contra la propiedad y contra la vida de sus semejantes.

En aquellos momentos los Marcour y Roberto,



—No hablaré más que a mi hijo... el único a quien debo mi confesión.

puestos en libertad, corrían hacia el hospital en el que el tío Romeche sentía acercarse la muerte a pasos acelerados.

En su agonía, el pobre viejo llamaba a su hijo, deseando pedirle perdón, confesarse a él, para morir tranquilo.

De cuando en cuando, sus labios se movían para articular la frase de siempre:

—¡Hijo mío!

Vignart, que no se había separado de la cabecera del enfermo, se inclinó sobre él.

—Ya le he dicho que su hijo no estaba en su casa. Dígame a mí lo que piensa decirle a él.

—No hablaré más que a mi hijo... el único a quien le interesa mi confesión.

Vignart no había logrado arrancarle al enfermo otras palabras.

Las fuerzas iban abandonando poco a poco al tío Romeche y continuamente caía en largos desmayos.

Al fin presentóse Roberto, seguido de los Marcour.

—Este hombre está aquí desde hace varios días—le explicó el inspector.—Hay en todo esto un misterio que no acierto a comprender.

La voz del anciano, balbuciente como la de un niño, oyóse de nuevo:

—¡Hijo mío!... Quiero ver a mi hijo.

Belmont advirtió las diferencias que existían entre este enfermo que lo llamaba como si fuera su padre y la persona que ostentaría este carácter en Neuilly durante cerca de un mes.

—¡Aquí estoy, papá!... Yo soy su hijo... Roberto Belmont.

El moribundo abrió los ojos y contempló al joven

—Perdóname... Soy muy culpable... ¡Mucho!...

Trajeron unas almohadas para que pudiera incorporarse.

—En mi conciencia—prosiguió Romeche—no ha solamente la culpa de haberte vendido a los Belmont. Hay otras...

Apenas podía hablar. Su voz sonaba como un gemido, cortándose a veces con un resuello ahogado.

Casi respirando sus palabras, Roberto y Vignart

lo escuchaban, deseando desentrañar el misterio que rodeaba todo aquel asunto.

—Hice todo lo malo que se puede hacer en el mundo—continuó el enfermo.—¡Hasta fuí ladrón!

Hizo una pausa y añadió:

—Un día, después de haber rodado la pendiente del mal, caí en manos de un hombre temible... un verdadero bandido...

Vignart se aproximó más, presintiendo que iba a conocer la clave del misterio.

—...Se llama Jack Mortimer...

—¿El detective privado?—preguntó el inspector.

—Sí... Fuí la víctima de ese hombre... Yo era malo, no lo niego... pero él me obligó a ser peor.

Y entre frases cortadas, oídas con religioso silencio, el tío Romeche refirió todos los acontecimientos de los que fuera víctima hasta caer en la trampa que le tendió Mortimer el día, precisamente, en que fué a Neuilly para reunirse con su hijo.

La fatiga de la confesión agotó las pocas fuerzas que le restaban al enfermo. Incorporóse un instante. Tendió los brazos a Roberto, diciendo:

—¡Perdóname... hijo mío!...

Y cayó muerto.

Belmont cerró los ojos de su padre, del desgraciado que tan penosos días acababa de pasar y puso un beso de despedida en su rostro espectral.

A los pies del lecho los Marcour, emocionados por la escena que presenciaban, hurtáronse una lágrima con la punta del pañuelo.

—Me parece que empiezo a ver claro en este asunto, confesó Vignart a Belmont.—Ese Mortimer nos dará la clave del misterio... Voy a avisar una brigada, porque me temo que ese pájaro nos dará un poco que hacer.

**

Laura Marcour fué conducida por el falso detective al despacho de su casa misteriosa. En su decaimiento, la joven obedecía inconscientemente, como si se hallase bajo el influjo de una voluntad superior a la suya.

—Tenga la bondad de sentarse—le indicó Mortimer.

Dejóse caer en una butaca, pálida y muda, con el alma perdida, como si se la hubieran arrebatado.

Mortimer sentóse también a la mesa de su despacho y redactó en papel sellado el documento siguiente:

«Yo, la abajo firmada, Laura Marcour, declaro ceder al señor Jack Mortimer, detective privado, residente en París, la cuarta parte de la herencia que he recobrado gracias a su actividad.»

El detective dirigióse a la joven.

—¿Quiere usted cambiar de asiento? No tiene más que firmar aquí para entrar en posesión de los documentos que prueban su nacimiento y sus derechos a la herencia de los Belmont, de quienes es usted hija.

Laura tomó la pluma y permaneció inmóvil, como dominada por un estupor del que no lograba librarse.

—Firme sin temor... se trata solamente de una pequeña formalidad.

La señorita Marcour posó entonces la mirada en el documento.

—Era aquella la *pequeña* formalidad que le pedían para entrar en posesión de lo que, según aquel hombre, le correspondía legítimamente?

Una duda prendió en su cerebro. Temió ser víctima de un engaño. Y abandonó la pluma encima de la mesa con resolución.

Mortimer se irritó.

—No hemos venido aquí para perder el tiempo—dijo con acritud.—Firme de una vez.

Ella permaneció inmóvil.

—¡Pronto! ¡Firmel—bramó el bandido, dispuesto a todo, mirando a la joven agresivamente, tratando de aterrorizarla.

Laura se irguió altiva como una amazona.

—No firmaré ese documento más que en presencia de mis padres.

Mortimer se contuvo aún y pretendió persuadirla recordándole cómo la había salvado de la muerte a que Mila Serena y Roberto la condenaran.

La muchacha se exaltó.

—¡No, no le creo! ¡Usted calumnia a Roberto para entrar en posesión de su fortuna!

El falso detective revelóse entonces como quien era. Los puños en alto, los labios espumajeantes, la amenazó:

—¡Le juro que se arrepentirá usted si no pone su firma al pie de esas líneas!

—No la pondré!

—¡Yo se lo exijo! ¡Firmel!

—¡Y yo me niego! ¡No firmaré!

Mortimer sujetó a la joven por las muñecas, tratando de reducirla a la obediencia.

—¡Súlteme usted!—gimió ella.

En aquel momento sonaron golpes en la puerta

exterior. El detective hizo correr unos visillos que ocultaban las ventanas que daban a la calle y exclamó:

—¡La policía!



—¡Suéltame usted!

Arrojóse sobre la muchacha, que se opuso con todas sus fuerzas a que el bandido la arrastrara tras de sí.

Fuera, Vignart con la brigada a sus órdenes, acompañado de Roberto y de Marcour, intentaban

penetrar en el hotel por una galería viendo que no se les franqueaba la puerta.

El brazo hercúleo del granjero abrió una abertura suficiente para permitirle el paso a un hombre, y los policías se precipitaron en el interior de la casa misteriosa, nido siniestro de «Caradura» y su banda.

Mortimer logró arrastrar a Laura por uno de los extraños corredores del hotel, aunque la joven se resistía siempre.

—¡Si se niega usted a seguirme, volaré la casa con todos los que están dentro!

Comenzó entonces una persecución accidentada. La policía encontraba en su camino puertas que era necesario echar abajo y paredes de madera que se movían mediante resortes.

Por dos veces, Mortimer, llevando siempre consigo a Laura, demasiado buena presa para que él la soltase, consiguió despistar a sus perseguidores.

Vignart y los suyos volvíanse locos para desenvolverse en aquel laberinto.

Al fin, el bandido logró alcanzar la puerta. Un auto le esperaba. Obligó a Laura a entrar en el coche, y ya iba a hacer él lo mismo, huyendo una vez más y poniéndose a salvo, cuando de otro auto descendió «Casco de Oro».

«Caradura» precipitóse sobre ella, pero tuvo que hacerse atrás viéndose encañonado por un revólver.

—¡Entrégame esa mujer, o no respondo de mí!

Inesperadamente sonó un disparo, y el bandido, llevándose las manos al pecho, cayó herido gravemente.

La policía presentóse entonces, rodeando a los actores de aquel drama.

Roberto precipitóse hacia su prometida.

—¿No estás herida, Laura?... ¿Verdad que no estás herida?

La pasión y el temor que palpitan en las palabras de Belmont confirmaron a la muchacha en sus dudas respecto de las revelaciones de Mortimer. No, el hombre que le hablaba así era incapaz de la infamia de que le habían acusado.

Momentos después, conducido «Caradura» a su



—Ya estoy a punto de saldar mi cuenta... pero ahora queda pendiente la tuya... Princesa.

hotel con «Casco de Oro», el primero, sintiendo cercana la muerte, habló:

—Ya estoy a punto de saldar mi cuenta... pero ahora queda pendiente la tuya... Princesa.

Todas las miradas se volvieron hacia Mila Serena, que se estremeció.

—Me has traicionado, ¿verdad?... Pero conmigo

no se juega. Voy a castigarte haciendo la felicidad de mi rival... Esa será mi venganza.

Medio caído en una butaca, con el pecho ensangrentado, el bandido hablaba con furor, haciendo restallar como látigos sus palabras, con las que cruzaba el rostro de su antigua cómplice.

—En mi «bureau»—añadió—encontrarán ustedes los documentos que se refieren al nacimiento de... Laura Marcour... la señorita Belmont...

Roberto acercóse a la mesa precipitadamente y halló los documentos a que aludía el herido.

—Yo fuí quien, en otro tiempo, hizo desaparecer a la hija de Samuel Belmont...

Alzó el brazo señalando a Mila Serena y prosiguió con voz ronca, mordiendo las frases, entrechocando los dientes en un brusco rapto de ira:

—En cuanto a esa...

La mujer dobló la cabeza, queriendo rehuir la confesión que temía y esperaba.

—En cuanto a esa... dama, es una antigua apache conocida por el poético sobrenombre de «Casco de Oro».

Dos policías se pusieron a ambos lados de la ex Princesa, de la rival de Laura.

—Hace años—prosiguió el herido—fue mi cómplice en el robo del Hotel Central de El Cairo, que tanto dió que hablar a la Prensa.

—Pero... ¿quién es usted?—preguntó Vignart.

El herido se irguió, como si estuviera orgulloso de sí mismo y reveló su verdadera personalidad.

—Yo soy Nicolás Berger... alias «Caradura»... una buena presa para ustedes, con mis cuarenta y pico de procesos sobre la conciencia...

Siguió a esto el relato de la suplantación de la personalidad del tío Romeche. Esta última confesión

aclaró el misterio que rodeaba a los sucesos acaecidos en Neuilly durante los últimos días.

El herido cerró los ojos un momento. Luego, echándose las manos al cuello, sintiendo los espasmos de la muerte, aulló como una bestia acosada:

—¡El verdugo... no se llevará mi pellejo!

Y el hombre que había sido la pesadilla de Vignart y de la policía francesa, dejó de existir.

El mismo día, «Casco de Oro» comenzó su expiación en la cárcel. Pronto se celebraría su proceso, señalado para una fecha próxima. De lo que de él resultase dependía su porvenir, aunque ella ya sabía que su condena no sería leve.

EFÍLOGO

Pasaron los días. Una inquietud torturaba al antiguo «hijo del mercado».

Cierta tarde, hallándose con su prometida y los Marcour en el hotel de Neuilly, acercóse a Laura y le dijo, entregándole el documento en que constaba su identidad:

—En adelante, tú eres la única heredera de los Belmont.

—¡Qué importa eso!—replicó ella.—Ya sabes que todo lo mío, es de los dos.

Roberto movió la cabeza con pena.

—No, Laura, no... Una barrera casi infranqueable nos separa ahora.

Los Marcour miraron al joven con extrañeza.

—No te comprendo—dijo la joven.

—Un hombre pobre—añadió Roberto—no puede casarse con una de las herederas más ricas de París.

—¿Aunque ese hombre pobre le haya salvado dos veces la vida a esa heredera rica?

—Sí.

Laura contuvo un sollozo y cogió el documento que él le ofrecía.

—Está bien. Sé... por experiencia, que más vale la felicidad que la riqueza... Cástate, pues con una muchacha pobre, ya que es eso lo que deseas.

Guardaron silencio.

Marcour y su mujer no ocultaban el disgusto que les producía aquella ruptura, de la que la delicadeza de Roberto era la causa única.

A pasos lentos Laura acercóse a la chimenea, en la que ardía un magnífico fuego.

Se detuvo mirando las llamas, y una sonrisa esbozóse en sus labios.

De pronto extendió el brazo y dejó caer el papel en el fuego.

Fué tan rápido su ademán, que nadie pudo impedirlo.

—¿Qué has hecho?—preguntó Roberto, corriendo hacia la chimenea.

Ya era tarde. El documento había sido devorado por las llamas, convirtiéndose en cenizas.

Los Marcour reíanse en silencio.

—Y ahora?—preguntó Roberto.

—Ahora... tú seguirás siendo siempre el heredero de los Belmont, ya que no existe el único documento que podría probar que yo lo fuera.

—Basta con que lo sepa yo—repuso él.

Un nuevo silencio cayó sobre los jóvenes.

Pero Marcour seguía riendo. El presentía que detrás de aquel silencio ocultábase una explosión de risas. Lo que hacía falta era provocarlas. Y él se encargaría de eso.

Miró a Roberto. Miró a Laura. Acarició a su mujer. Y dijo con su potente voz:

—¿Sabes lo que se me ocurre, Roberto?

Los dos jóvenes se volvieron a él.

—Que puede haber un medio de conciliarlo todo —prosiguió el buen granjero.

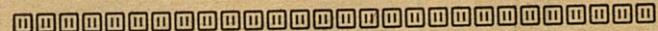
—¿Cuál?—preguntaron los prometidos.

—La fortuna de Laura necesita un heredero para el día de mañana... Está demostrado que tú te das mucha maña para buscar chiquillos... Busca, pues, uno prontito... y si no lo encuentras... que te ayude Laura.

Y las risas que Marcour sabía que se ocultaban detrás del silencio, estallaron gozosas.

Y en un beso, Laura y Roberto renovaron su promesa de matrimonio.

FIN



MUY EN BREVE aparecerá en esta misma BIBLIOTECA la sentimental producción

LA CANCIÓN DE LA HUÉRFANA

basada en la célebre novela de Xavier de Montépin

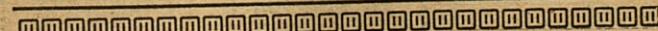
LA JOUEUSE D'ORGUE

Asunto de una gran fuerza emotiva. Admirable creación de la pequeña gran artista RÉGINE DUMIEN

Retenga usted el título

LA CANCIÓN DE LA HUÉRFANA

y adquiera esta preciosa novela tan pronto se ponga a la venta si quiere deleitarse con unas horas de agradable lectura.





Títulos de los libros
publicados en la



BIBLIOTECA FEMENINA

DE

LA NOVELA FILM

La Mendiga de San Sulpicio
de Xavier Montépin

La Madona de las Rosas
de Jacinto Benavente

Los Diez Mandamientos
de Cecil B. de Mille

Honrarás a tu madre
por Mary Carr

Los hijos de París o La Novela de Una Obrera
de León Sazie

El hijo del mercado
por Gabriel Signoret

Precio de cada libro:
UNA PESETA



— EN PRENSA —
LA CANCIÓN DE LA HUÉRFANA

008 BFF (M120)

29-

